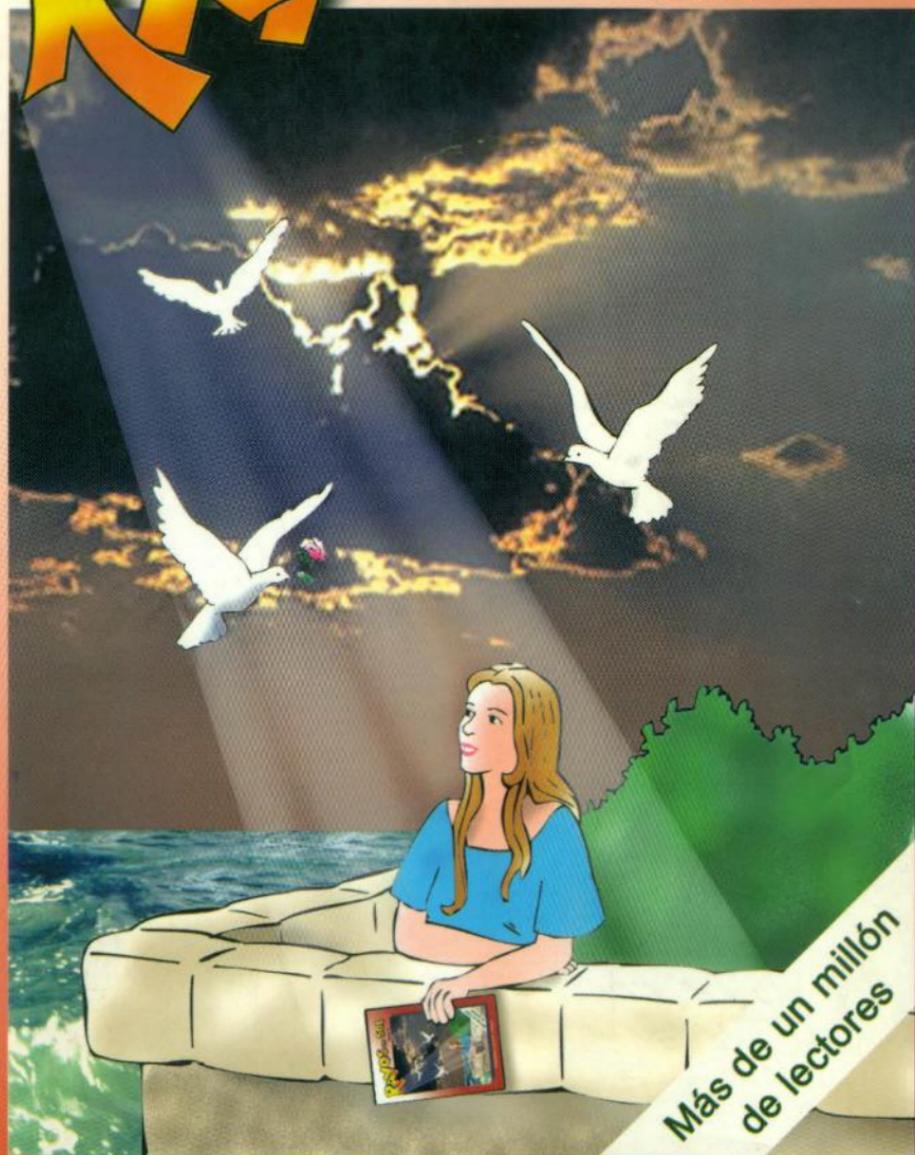


RAYOS DE SOL

Tomo 4



Más de un millón
de lectores

Anécdotas para el alma

RAYOS

de SOL

**Anécdotas
para el alma**

Tomo #4

Revisión ortográfica y gramatical:
María del Carmen Mufarech Nemi
George Gubbins

1era edición: 1000 ejemplares

Recopilado y editado por: RAYOS de SOL

© 2002, Sunbeams International

rayosdesol@consultant.com

DEDICATORIA

Dedico este libro a Augusto Banda Serra, amigo muy cercano de mis hijas Susy, Mary y Gaby. Augusto fue víctima del atentado en el *Centro Comercial El Polo* cerca de la Embajada Americana en Lima, el día 20 de marzo del 2002. Solía visitar nuestra casa con mucha frecuencia, un chico simpático, alegre, respetuoso, de apenas 18 años de edad. La noche del atentado Augusto también visitó a mis hijas, luego partió hacia su casa, dónde nunca llegó. Se fue en sus patines rojos, su vehículo favorito que lo transportaba de distrito en distrito. Pasando por el centro comercial se percató que salía humo de un carro estacionado allí. Hizo lo que pudo para advertir a los transeúntes del posible peligro, salvando de esa manera la vida de varias personas, pero él mismo no logró ponerse a salvo.

Faltan las palabras para describir el drama y la agonía que se desató aquella noche en su casa y en la nuestra cuando

llegaron las tristes noticias. Augusto, tú fuiste el héroe esa noche, hiciste lo que pudiste: *Bien, buen siervo y fiel, ...*

Espero que las palabras de este libro sean un consuelo para la familia de Augusto y para todos aquellos que han sido víctimas del terrorismo.

También es mi oración que los que pretenden cambiar este mundo, lo hagan sin recurrir a la violencia, manteniendo en alto su dignidad, procediendo con convicciones firmes y con un corazón noble, recordando que... *los mansos heredarán la Tierra*, sólo los mansos.

ÍNDICE

Dedicatoria	5
Índice	7
SECCIÓN #14 - EL ARTE DE DAR	9
La casa del Cielo	11
Con creces	16
¡Da y se te dará!	17
Jamás he hecho un sacrificio	18
El Banco del Cielo	19
He perdido mucho	21
Los mejores regalos	23
Dar hasta que duele	26
La caridad de Don Antonio	27
Alguien con quién compartir	29
Dar de sí mismo	30
SECCIÓN #15 - SECRETOS DEL PERDÓN ..	31
La ofensa	33
El robo	34
Lo veo en tus ojos	35
Joyas sobre el perdón	38
La fuerza del perdón	39
Un momento deslumbrante	45
El vecino deshonesto	55
Error de cálculo	56
Por los aires	57
Bodas de oro	58
Una perla sin igual	59
El asesino	66

SECCIÓN #16	- <i>HUELLAS DEL FUTURO</i>	67
	Premoniciones de una catástrofe	69
	Insólito, pero cierto	79
	Pruebas irrefutables	81
	Viaje a las estrellas	91
	La conexión Lincoln-Kennedy	92
SECCIÓN #17	- <i>ENCUENTROS INOLVIDABLES</i>	..	93
	Agua en el desierto	95
	Fuga de la cárcel	105
	Caído del Cielo	109
	Hasta lo último de la Tierra	121
	Un arco iris detrás de cada lágrima	133
	¿Valió la pena?	189
Sección #01	<i>Amor que lo entrega todo</i>	...	Tomo #1
Sección #02	<i>¡Mamá! ¡Papá!</i>	Tomo #1
Sección #03	<i>¡Perdóname!</i>	Tomo #1
Sección #04	<i>Cuando las cosas se ponen difíciles</i>	Tomo #1
Sección #05	<i>¡Sonríe!</i>	Tomo #2
Sección #06	<i>Unas palabras de aliento</i>	Tomo #2
Sección #07	<i>Algo del otro mundo</i>	Tomo #2
Sección #08	<i>Tu mejor amigo</i>	Tomo #2
Sección #09	<i>Sin esperar nada a cambio</i>	...	Tomo #2
Sección #10	<i>¡Supérate!</i>	Tomo #2
Sección #11	<i>Mi alma afligida</i>	Tomo #2
Sección #12	<i>La grandeza y la entrega</i>	Tomo #2
Sección #13	<i>Navidad en el corazón</i>	Tomo #3

EL ARTE

de

DAR

LA CASA DEL CIELO

Una señora acaudalada soñó que llegaba al Cielo y que, junto a las 120.000 personas que mueren cada día, estaba haciendo fila para saber cuál sería su destino eterno. De pronto apareció un ángel y les dijo: *Vengan conmigo y les mostraré en qué barrio está la casa que le corresponde a cada uno. Aquí la única cuota inicial que se acepta para su morada eterna es la caridad, traducida en obras de misericordia, comprensión, respeto por los demás, interés por la salvación de todos.*

Los fue guiando por barrios primorosos como ella jamás hubiera pensado que pudieran existir. Llegaron a un barrio con todas las casas de oro: puertas doradas, techos dorados, muros de oro, pisos de oro. ¡Qué maravilla! El ángel anunció: *Aquí viven todos los que invirtieron mucho dinero en ayudar a los necesitados, aquellos a quienes su amor por los demás sí les costó en la Tierra.* Y fueron entrando todos los generosos, los que partieron su pan con el hambriento, regalaron sus vestidos a los pobres, consolaron presos y visitaron enfermos.

La señora quiso entrar, pero el ángel guardián del barrio la detuvo diciéndole: *Perdóname, pero usted en la Tierra no daba*

sino migajas a los demás. Jamás dio algo que en verdad le costara, ni en tiempo, ni en dinero, ni en vestidos. Este barrio es solamente para los generosos. Y no la dejó entrar.

Pasaron luego a otro barrio. Todas las casas construidas en marfil. ¡Qué blancura! ¡Qué esplendor! Los pisos de marfil, los techos de marfil. La señora se apresuró para entrar a tan hermoso barrio, pero otro ángel guardián la tomó del brazo y le dijo muy respetuosamente: *Me da pena, señora, pero este barrio es únicamente para aquellos que en el trato con los demás fueron delicados, comprensivos y bondadosos; y usted era muy dura, falsa y crítica y a veces hasta grosera en el trato con los demás.* Y mientras todos los que habían sido exquisitos en sus relaciones humanas, entraban gozosos a tomar posesión de sus lujosas moradas, la pobre mujer se quedaba fuera, envidiando a los que iban entrando a tan esplendoroso barrio. Le faltaba la cuota inicial: haber tratado bien a los demás.

Siguieron luego a un tercer barrio. Aquello era lo máximo en luminosidad y belleza. Todas las casas eran de cristal, de unos cristales excepcionalmente brillantes y hermosos, paredes de cristales multicolores,

techos de cristales refractarios, ventanas de cristales que parecían arco iris.

La señora corrió a posesionarse de una de aquellas maravillosas mansiones, pero el ángel portero la detuvo y le dijo muy serio: *Esta mansión es de Sofía, su lavandera, a la que pagaba siempre tan poco.* Pensaba la señora ricachona para sus adentros, ya que aún no había comprendido el principio sobre el cual se basa la distribución de las recompensas celestiales: *Mmhh, si mi lavandera tiene semejante casona, yo seguramente voy a tener un palacio a todo lujo.* Ensalzándose de esa manera a sí misma, recibe la pronta aclaración del ángel: *En su pasaporte dice que a usted no le interesó enseñar a las personas que estaban a su alrededor el camino del bien y de la verdad, y este barrio es exclusivamente para las personas que ayudaron a otros a encontrar la Luz. Aquí se cumple lo que anunció el profeta Daniel: «Quienes enseñan la verdad a las multitudes, brillarán como las estrellas por toda la eternidad». Usted no se preocupó para que las personas con quienes vivía se volvieran hacia la Luz. Mientras que Sofía, su lavandera, de lo poco que ganaba mandaba su diezmo a las misiones, fue bondadosa con el menesteroso y siempre tenía una palabra de*

aliento y de consuelo en los labios. Así que aquí no hay casa para usted. Le falta la cuota inicial, haber ayudado a otros a conocer el amor de Dios.

Entristecida la pobre mujer veía que entraban muchísimas personas radiantes de alegría a tomar posesión de su morada eterna, mientras que ella, junto con un numeroso grupo de egoístas, era llevada cuesta abajo a barrios cada vez más oscuros. Poco a poco las personas iban tomando posesión de sus moradas, según la cuota inicial que habían mandado desde la Tierra; algunas eran casas de ladrillo sin tarrajear, otras construidas a medias sin puertas ni ventanas; finalmente solamente quedó la señora acaudalada cuando llegaron a un barrio de casas hechas de estera y de triplay, sin baños ni ventanas. Se detuvieron frente a una construcción que constaba de una sola habitación mal iluminada con un foco colgando del techo. Afuera no había ni jardín, ni árboles, ni camino, sólo barro. Gallinas hacían sus necesidades por allí, los ratones paseándose a plena luz del día, murciélagos volaban por los aires. Ella se puso un pañuelo en la nariz, porque el olor era insoportable, y quiso salir huyendo, pero el guardián del barrio le dijo con voz muy firme: *Ésta casa será su*

morada, puede pasar a tomar posesión de ella.

La angustiada mujer gritó que no, que eso era horrible. Que no sería capaz de habitar en un sitio así. Y el ángel le respondió: Señora, esto es lo único que hemos podido construir con lo que usted nos envió desde la Tierra. Las moradas de la eternidad las hacemos con la cuota inicial que las personas mandan mientras viven. Usted solamente nos enviaba egoísmo, maltrato a los demás, murmuraciones, críticas, palabras hirientes, tacañerías, odio, rencores, envidia y sólo muy de vez en cuando algún acto de bondad. ¿Qué más podríamos haberle construido? ¡Usted misma nos mandó el material para hacerle su morada!

La mujer empezó a llorar y a decir que no quería quedarse a vivir allí y de pronto, al hacer un esfuerzo para zafarse de las manos de quien la quería hacer entrar en semejante vivienda, dio un salto y se despertó. Tenía la almohada empapada de lágrimas. Pero aquella pesadilla le sirvió de examen de conciencia y desde entonces empezó a pagar la cuota inicial de su casa en la eternidad: generosidad con los necesitados, bondad en el trato con los demás, preocupación por enseñar a otros el camino de la vida.

CON CRECES

Es notable la luz que irradian las personas que tienen por hábito dar. Bien si se trata de donar tiempo, dinero, ayuda o simplemente calidez y amistad, pareciera que además de satisfacerse ellas mismas, siempre tienen suficiente para compartir con los demás. En el siguiente versículo, Jesús explica por qué: *Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir (Lucas 6:38).*

Es posible que a veces, cuando proveemos para las necesidades de los demás y nos inclinamos a ayudarlos para hacerlos felices, o cuando anteponeamos sus deseos a los nuestros, nos dé la impresión de que salimos perdiendo. Pero en realidad no es así. Dios se fija en nuestra actitud desinteresada y la premia. Al que reparte con liberalidad nunca le falta qué dar.

Dios es así: a Él le encanta devolvernos con creces todo lo que damos. ¡Nunca dejará que des más de lo que Él te da a ti! Siempre te repondrá de sobra todo lo que entregues si lo haces de corazón y con desinterés.

¡DA Y SE TE DARÁ!

Según reza la leyenda, había un monasterio cuyo abad era muy generoso. Jamás negaba alojamiento a un mendigo y siempre daba todo lo que podía. Lo extraño del caso es que cuanto más daba, más próspero se volvía el monasterio.

Al morir el viejo abad, fue sustituido por otro de naturaleza totalmente opuesta. Era mezquino y amarrete. Un día llegó un anciano al monasterio pidiendo alojamiento. Aducía que años antes ya le habían dado resguardo una noche. El abad se lo negó, alegando que el monasterio ya no podía darse el lujo de hacer honor a su otrora hospitalidad.

—Nuestra abadía ya no puede ofrecer pensión a los extraños como hacíamos cuando éramos más prósperos. Ya nadie hace ofrendas para nuestra obra.

—No me sorprende —dijo el anciano— Creo que se debe a que echaron a dos hermanos del monasterio.

—No recuerdo que jamás hayamos hecho eso —respondió el abad desconcertado.

—Sí lo hicieron —replicó el anciano— eran gemelos: uno se llamaba *Dad* y el otro *Se os dará*. Como echaron a *Dad*, *Se os dará* resolvió irse también.

JAMÁS HE HECHO UN SACRIFICIO

El gran misionero y explorador David Livingstone dijo refiriéndose a su propia vida:

«La gente habla del sacrificio que hice al pasar gran parte de mi vida en el África. ¿Puede llamarse sacrificio la devolución de una pequeña parte de todo lo que debemos a Dios? ¿Puede llamarse sacrificio lo que tiene como recompensa una sana actividad, la convicción de estar obrando bien, paz interior y la esperanza del glorioso destino que nos aguarda después de esta vida?

»De ningún modo puede considerarse un sacrificio. Digamos más bien que se trata de un privilegio. La ansiedad, la enfermedad, el sufrimiento, los ocasionales riesgos o la nostalgia que sentimos por las comodidades cotidianas podrán de vez en cuando entorpecer nuestra marcha, hacer que nuestro espíritu vacile y nuestro ánimo decaiga. Mas solo por breves momentos.

»Esos trances en nada son comparables con la gloria que después ha de ser revelada en nosotros y para nosotros. ¡Jamás he realizado sacrificio alguno! La palabra *sacrificio* no debiera mencionarse siquiera, máxime si recordamos el enorme sacrificio realizado por Aquél que abandonó el trono de Su Padre en las alturas para venir a entregarse a nosotros».

EL BANCO DEL CIELO

Dios nunca permitirá que des más de lo que Él te devolverá. Siempre te da muchísimo más de lo que tú serías capaz de dar. Cuanto más des, más te devolverá.

Es posible que no siempre te remunere en metálico, con dólares y centavos. Puede que sea evitándote accidentes, desgracias o enfermedades graves que te costarían cien veces más de todo lo que has dado. Sea como sea, de un modo u otro, ¡te recompensará!

—Llévale esto a la pobre viuda que vive en las afueras del pueblo —dijo un viejo zapatero alemán a su aprendiz al tiempo que le entregaba una cesta con hortalizas.

El zapatero trabajaba arduamente en su oficio y cultivaba su pequeña huerta para poder salir adelante económicamente. Sin embargo, diríase que siempre regalaba lo poco que tenía.

—¿Cómo puedes darte el lujo de regalar tanto? —le preguntaron.

—En realidad no regalo absolutamente nada —respondió— Me avergüenza que la gente piense que soy generoso cuando recibo tanto a cambio. Hace mucho tiempo, cuando era muy pobre, conocí a alguien que era más

pobre que yo. Quería darle algo, pero no veía cómo podía darme ese lujo. Pese a ello, lo hice y el Señor me ayudó. Siempre he tenido trabajo y mi huerto es fértil. Desde entonces, nunca titubeo cuando sé de alguien que está pasando necesidad. Aunque regalara todo lo que tengo, el Señor no me dejaría morir de inanición. Es como tener dinero en el banco, sólo que en este caso, el banco —el Banco del Cielo— nunca quiebra, y cobro los intereses todos los días.

HE PERDIDO MUCHO

Una señora acomodada que, ya entrada en años había entregado su vida a Cristo, iba caminando por la calle con su nieta. Al aproximárseles un mendigo, lo escuchó atentamente. Acto seguido sacó un billete de su cartera y se lo entregó. En la esquina siguiente se encontraba una voluntaria del Ejército de Salvación, a la cual la señora también le dejó un donativo. Su nieta la miró con curiosidad y le dijo:

—Abuela, supongo que desde que te hiciste cristiana has perdido mucho, ¿no?

—Así es —dijo la señora— he perdido mi mal genio, el pésimo hábito de criticar a los demás y mi tendencia a gastar el tiempo libre en frívolos acontecimientos sociales y otros placeres que no tienen ningún sentido. También he perdido un espíritu de codicia y egoísmo. No te quepa duda que he perdido mucho. Pero lo que he obtenido a cambio no tiene precio: paz interior, la facultad de orar con eficacia, un Amigo que siempre me acompaña, que me conoce, me ama y me protege; satisfacción y riquezas espirituales que ni sabía que existían; una fe que no da

cabida al temor; la promesa de un hermoso Hogar celestial cuando tenga que abandonar éste que tengo en la Tierra, ¡y mucho más! Estoy feliz con lo que he perdido, y lo que he ganado ¡es incalculable!

LOS MEJORES REGALOS

Los mejores regalos se atan con las fibras del corazón.

Se puede dar sin amar, pero no amar sin dar.

Si das, no perderás.

La vida es como un partido de tenis; no puedes ganar sin servir.

Si sostenemos una antorcha para alumbrar el camino de otro, iluminamos también el nuestro.

Bienaventurados los que son capaces de dar sin recordar, y de recibir sin olvidar.

Una de las cosas más difíciles de regalar es la bondad, porque normalmente te la devuelven.

Al vaciarse el bolso, se llena el corazón.

Das poco cuando das de tus posesiones. Cuando das de verdad es cuando te das tú.

Si tu corazón está lleno de amor, siempre tendrás algo para dar.

Nada de lo que da el corazón se puede perder; se guarda en los corazones de los demás.

¡Dios te juzgará no sólo según lo que des, sino según lo que te quede y cuáles hayan sido tus motivos para dar, y te recompensará en consecuencia!

Cuanto más des, más te darán. ¡Cuanto más des, más te dará Dios!

Dar es el mayor placer que hay.

Las mejores cosas de la vida son todas compartidas.

No das de verdad a menos que seas un dador alegre.

No podemos servir a Dios y a las riquezas, ¡pero podemos servir a Dios con nuestras riquezas!

Si el cristianismo no te hace sacar nada de tu bolsillo, si el amor de Jesucristo no te hace compartir lo que tienes con los necesitados, ¡es que es un cristianismo a medias!

Al Señor presta el que da al pobre, y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar (Prov. 19:17).

El que da al pobre no tendrá pobreza; mas el que aparta sus ojos tendrá muchas maldiciones (Prov. 28:27).

Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses (Mat. 5:42).

Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Cuando, pues, des limosna, no hagáis tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público (Mat. 6:1-4).

Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos Mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis (Mat. 25:40).

Más bienaventurado es dar que recibir (Hch. 20:35).

Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve (1Cor. 13:3).

Dios ama al dador alegre (2Cor. 9:7).

Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos (Col. 4:1).

DAR HASTA QUE DUELE

A su regreso de las cruzadas en Tierra Santa, Ricardo Corazón de León fue capturado y arrojado en prisión en Europa por su traidor enemigo que exigía por él un rescate exorbitante. El pueblo inglés accedió a pagar de buena gana fuertes impuestos, y muchos de los nobles contribuyeron con grandes sumas de dinero para que su rey fuese puesto en libertad. De allí nace el término *a king's ransom* (un rescate de reyes) que se utiliza en el idioma inglés para referirse a una gran suma de dinero.

Otro cruzado, Sir Grimbald, fue aprehendido por los sarracenos y también por él se pidió rescate. Para que lo pusieran en libertad y le perdonaran la vida, su bella esposa estuvo dispuesta a pagar el precio que sus captores exigían: su hermosa y suave mano derecha.

LA CARIDAD DE DON ANTONIO

Sucedió a fines del siglo diecinueve en un pequeño pueblo de los Estados Unidos. Cuando los esclavos fueron liberados, se quedaron desorientados ya que no tenían trabajo ni preparación. Don Antonio fue uno de ellos. No tenía dónde vivir ni qué comer o vestir. Decidió construirse una choza en las afueras del pueblo.

Conocía a una viuda con dos pequeños, y para ayudarla, recogía y entregaba la ropa que ella lavaba y planchaba. También supo de un señor de edad avanzada que se enfermó de gravedad. Lo cuidó por un mes, hasta que llegó su hija a recogerlo.

Pronto la caridad de Don Antonio fue notoria en el pueblo. Todos contaban con él cuando se enfermaban, o necesitaban de un favor. Era caritativo y amado por todos. El alcalde, cuando supo de sus zapatos rotos, le regaló las mejores botas que pudo comprar.

Cada mañana, dos vecinas tocaban la puerta de su choza para llevarle una taza de café con leche y una hogaza de pan. Pero un día, él no contestó.

Quando entraron, vieron a don Antonio acostado sobre la cama, vestido de ropa limpia, sereno y con las botas relucientes colocadas en el suelo.

La muerte de Don Antonio fue lamentada por todos. Fue el hombre más pobre y también el más rico del pueblo. El más pobre, porque su tesoro consistía de escasa ropa y un par de botas; el más rico porque fue piadoso y se había ganado el amor de la gente.

Todo el mundo asistió a su entierro. Lloraron al que había sido esclavo a la fuerza y luego siervo por amor. El día que murió fue declarado por el alcalde *día de Don Antonio*, y sigue celebrándose hoy.

Silvia Bolet de Fernández

ALGUIEN CON QUIÉN COMPARTIR

Me contaron una anécdota de un muchachito llamado Alfredo que vendía periódicos en la calle. Un día un hombre se detuvo a comprarle un ejemplar y, mientras buscaba unas monedas en su bolsillo, le preguntó al chiquillo dónde vivía.

—En una choza en la ribera —respondió Alfredo.

—¿Quién vive contigo?

—Sólo Miguel. Es inválido y no puede trabajar. Somos muy amigos.

—Te iría mucho mejor sin él, ¿no? —preguntó el hombre.

Alfredo le respondió con cierto desdén:

—No, señor. No estaría bien sin Miguel. No tendría a nadie con quién charlar al llegar a casa. Además, caballero, no me gustaría vivir y trabajar si no tuviera a nadie con quién compartir. ¿A usted sí?

¿Cuál ha sido siempre la clave de la felicidad? ¡Buscar la felicidad ajena, compartir lo poco que uno tiene, tratar de hacer la vida más fácil para los demás y amar a Dios por sobre todas las cosas!

DAR DE SÍ MISMO

Hace algunos años, mi tía Dorita se enfermó con cáncer de los ovarios. Hacia el final de su vida, su hija Catalina me invitó a visitarlas. Una mañana, para despertar el apetito de mi tía, Catalina cocinó avena, el desayuno favorito de mi tía.

¿Quieres un poco? —me preguntó.

Pensé para mis adentros: *¿Quién, yo? Por supuesto que no. No me gusta la avena. Jamás la como.*

No, gracias —dije.

Luego, por la gracia de Dios me di cuenta de que no se trataba de mí o de la avena. Se trataba de estar juntas en amor. *Cambié de opinión* —dije—. *Sírvame un poco de avena, por favor.*

Esa avena compartida, con bastante azúcar y leche, era un manjar. Mientras las tres metíamos la cuchara al humeante cereal, tía Dorita con su humor intacto, habló de las noticias y de los viejos tiempos cuando vivía en Idaho con sus hermanos y hermanas. Sólo comió un poco de avena, y luego se fue a dormir. Esa fue la última comida que mi tía comió en la mesa. Dos días más tarde se fue a morar con Dios.

Siempre recordaré la lección: En la mesa de la comunión o lejos de ella, hay comidas que nutren algo más que el cuerpo.

SECRETOS

del

PERDÓN

SECRET

Job

PERIOD

LA OFENSA

Dice una leyenda árabe que dos amigos viajaban por el desierto y en un determinado punto del viaje discutieron, y uno le dio una bofetada al otro. El otro ofendido, sin nada que decir, escribió en la arena: *Hoy mi mejor amigo me pegó una bofetada en el rostro.*

Siguieron adelante y llegaron a un oasis donde resolvieron bajarse. De pronto el que había sido abofeteado y lastimado se resbaló y cayó en un estanque de agua y comenzó a ahogarse, siendo salvado por el amigo. Al recuperarse tomó un estilete y escribió en una piedra: *HOY MI MEJOR AMIGO ME SALVÓ LA VIDA.*

Intrigado el amigo preguntó: «¿Por qué después que te lastimé, escribiste en la arena y ahora escribes en una piedra?» Sonriendo, el otro respondió:

«**C**uando un gran amigo nos ofende, debemos escribirlo en la arena donde el viento del olvido y el perdón se encargarán de borrarlo; por otro lado cuando nos pase algo grandioso, debemos grabarlo en la piedra de la memoria del corazón donde viento alguno en todo el mundo podrá borrarlo».

EL ROBO

Víctor Hugo, el mayor de los escritores románticos franceses, nos cuenta en su famosa novela titulada *Los miserables*, que Jean había cometido un único crimen: robar un pan para dar de comer a los hambrientos hijos de su hermana. Luego de purgar su delito con diecinueve crueles años de cautiverio, por fin fue liberado de las galeras.

Le resultaba imposible encontrar trabajo, pues había sido convicto. Finalmente llegó a la casa de un bondadoso obispo que le ofreció comida y cama por una noche.

Pero, cediendo a la tentación, robó la vajilla de plata del obispo y se escurrió en las sombras. Sin embargo, poco tiempo después fue detenido por la policía, porque objetos tan valiosos les parecieron sospechosos en manos de un hombre pobre, y fue traído a la presencia del obispo para aclarar la situación. No obstante, el buen obispo dijo a los gendarmes:

—¡Vaya, si esos cubiertos se los había regalado yo! Y además, Jean, olvidaste llevar los candeleros.

Jean quedó completamente conmovido, tanto así que entregó su corazón a Dios y desde entonces su vida cambió para bien.

LO VEO EN TUS OJOS

Marcelo fue el último de tres hermanos. Nació enfermo del corazón y siempre estaba delicado de salud. De vez en cuando se desmayaba y tuvieron que internarlo en el hospital con mucha frecuencia. Cuando tenía seis años, como era la costumbre, sus padres lo enviaron a la escuela del pueblo. A su padre ateo no le gustaba mucho esa idea, ya que era una escuela religiosa, pero como era la única escuela en el pueblo y la escuela pública más cercana quedaba a veinte kilómetros, no le quedaba otra opción.

Un día Marcelo llegó muy cansado a la casa. Sus padres se alarmaron bastante llamando enseguida al médico. Después de revisar cuidadosamente al niño enfermo, el médico se fue al pasillo con los padres para hablarles en privado, pero sin darse cuenta dejaron la puerta entreabierta, de tal modo que cuando el médico les comunicó su pronóstico poco optimista, de que posiblemente su hijo no viviría mucho más tiempo, éste lo escuchó.

Después de dos semanas de reposo, Marcelo pudo finalmente volver a sus clases. Un día al regresar del colegio llegó todo

entusiasmado, y hablando en la mesa mientras comían el almuerzo, les contó a todos la razón de su alegría:

La profesora de religión nos ha dicho que cuando nos morimos vamos a un lugar mucho mejor, donde todo es belleza, donde no hay tristeza, enfermedades, ni peleas. Ya no estoy apenado de que me voy a morir pronto.

Deja de hablar tonterías —dijo el padre furioso y fuera de sí por la agonía que sentía pensando en la muerte temprana e inevitable de su hijo— *no existe este cielo del que hablas, ni existe ningún dios, y si realmente existiera, sería un dios cruel y despiadado en permitir que niños como tú nazcan enfermos. No me hables más de ese tema en la casa, ¿me entendiste bien, muchacho?*

Sorprendido por la brusca reacción de su padre, terminado el almuerzo se retiró en silencio a su cuarto. Era demasiado pequeño para analizar lógicamente el asunto. A pesar de ello, muy dentro de su corazón sabía que lo que había dicho la profesora era cierto y por ello aprovechaba toda oportunidad para averiguar más sobre aquel mundo maravilloso. No lo hacía conscientemente, sino más bien había algo que lo empujaba;

además la profesora lo atraía como un imán, tenía un aura y una luz especiales que lo envolvían con paz y ternura.

Así pasaron las semanas, los meses y los años, a veces estaba bien, a veces estaba mal, pero siempre se recuperaba. Las clases de religión eran sus favoritas y aprendió cada vez más de los tesoros de la Biblia.

Aun cuando ya era adulto, nunca se puso a discutir con su padre sobre la religión, ni jamás intentó darle un sermón bien merecido. Cuando agonizaba su padre, estando Marcelo a su lado tomándole la mano, murmuró con su último aliento:

Tenías razón, hijo, hay un Dios y hay un Cielo, lo veo en tus ojos. Perdóname por haberte hecho sufrir. He vivido una vida amargada y miserable... Oh Jesús, ten misericordia de mí.

Y su padre durmió en paz, porque *la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado*. Y a pesar de las predicciones del médico, Marcelo vivió muchos años más para contar a todo el mundo que Dios sí existe y que nos ama con un amor eterno.

JOYAS SOBRE EL PERDÓN

La justicia no conoce el perdón ni la misericordia. Se limita a determinar si algo está bien o está mal; nada más. ¡Pero el amor y la misericordia, aún cuando saben que alguien ha actuado mal, perdonan!

El perdón: Sin duda, es una de las facetas del amor, tal vez la más importante. Si nuestro amor no es tan grande como para perdonar, es que no amamos de verdad.

Vamos, seamos sinceros: todos pasamos por situaciones en las que debemos y podemos perdonar a los demás, así se trate de nuestra esposa o esposo, de nuestros hijos, o de nuestros amigos, o empleados. Todos nos equivocamos, y a veces actuamos o hablamos con precipitación y falta de consideración, por lo que necesitamos también el perdón de los demás. En una ocasión, un hombre dijo, muy acertadamente: *Quien no puede perdonar a los demás, rompe el puente que él mismo debe cruzar, pues todos tenemos necesidad de perdón.*

El que se acuesta enojado duerme con el enemigo. El que duerme con el enemigo cava su propia tumba.

LA FUERZA DEL PERDÓN

Corrie ten Boom fue prisionera en el temible campo de concentración nazi de Ravensbrück por esconder judíos en su casa durante la ocupación nazi de Holanda en la segunda guerra mundial. Su hermana Betsie murió en el campo de concentración, mientras Corrie sobrevivió milagrosamente al holocausto. Aprendió a perdonar a sus enemigos y dedicó el resto de su larga vida a contar a todo el mundo que *no hay abismo tan grande que el amor y el perdón de Dios no lo puedan cruzar.*

Desde que terminó la guerra en 1945, había tenido un hogar en Holanda para víctimas de la barbarie nazi. Los que habían sido capaces de perdonar a sus antiguos enemigos pudieron volver también al mundo exterior y reconstruir sus vidas, por grandes que fueran las cicatrices físicas. Los que albergaban rencores continuaron siendo inválidos. No podía ser más sencillo y a la vez más horroroso.

El hecho de que Corrie ten Boom haya podido perdonar a los que eran responsables de la muerte de su hermana y de varios miembros más de su familia hace suponer que

no le haya vuelto a costar perdonar en los años que siguieron. Escribe Corrie:

¡Ojalá pudiera decir que a partir de entonces no he tenido sino pensamientos de compasión y caridad! Pero no ha sido así. Si hay algo que he aprendido a mis ochenta años de edad es que los buenos sentimientos y la buena conducta no son algo que se acumula; sólo se pueden recibir nuevos del Señor cada día.

Creo que me alegro de que sea así. Pues cada vez que acudo al Señor, me enseña algo nuevo. Recuerdo una ocasión, hará unos quince años, cuando unos amigos cristianos a quienes quería mucho y en quienes tenía mucha confianza hicieron algo que me dolió profundamente. Cabría pensar que, después de haber perdonado al guardián nazi, perdonarles habría sido coser y cantar. Nada de eso. Durante semanas me carcomió la indignación. Finalmente le pedí nuevamente a Dios que obrara en mí el milagro. Y una vez más, sucedió. Primero tomé fríamente la decisión de obedecer; luego me invadieron la alegría y la paz. Había perdonado a mis amigos; me había reconciliado con mi Padre.

Si era así, ¿por qué despertaba repentinamente en medio de la noche,

dándole vueltas al asunto? ¡Mis amigos!, pensé. ¡Personas a quienes quería! Si hubieran sido extraños, no me habría importado. Me incorporé y encendí la luz.

Padre —recé— ¡yo pensaba que todo estaba perdonado! ¡Ayúdame a hacerlo de verdad!

No obstante, a la noche siguiente volví a despertarme. Regresaron los malos pensamientos. ¡Se habían presentado tan suavemente! En ningún momento dieron a entender lo que estaban planeando.

¡Padre! —exclamé alarmada— ¡ayúdame!

La ayuda vino por medio de un amigo muy querido a quien confesé mi falta al cabo de dos semanas de insomnio.

En la torre —dijo asomando la cabeza por la ventana y señalando hacia la iglesia— hay una campana que suena cuando se tira de la cuerda. Pero, ¿sabe una cosa? Cuando el sacristán suelta la cuerda, la campana sigue balanceándose. Primero hace din y luego don. Y sigue sonando por inercia, cada vez más despacio, hasta que por fin se detiene con un último don. Estoy convencido de que lo mismo sucede con el perdón. Cuando perdonamos a alguien, soltamos la soga. Pero si nos hemos

aferrado por mucho tiempo a nuestras quejas, no debe extrañarnos que los pensamientos airados de siempre continúen viniéndonos a la cabeza por un tiempo. La campana sigue haciendo din don mientras se detiene.

Efectivamente, así fue. Siguió resonando durante unas cuantas noches más, un par de *dines* cuando surgía el tema en la conversación. Pero sin la fuerza de antes, fuerza que era el empeño que yo tenía. Los malos pensamientos comenzaron a venirme cada vez con menos frecuencia, hasta que por fin se acabaron. Así descubrí otro secreto del perdón: que podemos confiar en Dios, no sólo más que en nuestras emociones, sino también más que en nuestros pensamientos.

El Señor aún quería enseñarme más con aquel sencillo episodio. Pues muchos años después, en 1970, vino a visitarme a Holanda un norteamericano al que le había explicado el principio del *din don*, y vimos a las personas en cuestión.

—*¿Son esos los amigos que la defraudaron?* —preguntó mientras salían de mi apartamento.

—*Sí* —contesté con aire un tanto satisfecho—. *Como ve, todo está perdonado.*

—*Por usted, sí* —me dijo—. *Pero, ¿y ellos? ¿Han aceptado su perdón?*

—*¡Dicen que no hay nada que perdonar!* —contesté—. *Niegan lo sucedido. ¡Pero puedo demostrarle que lo hicieron!*

Con paso decidido, me dirigí a mi despacho.

¡Tengo pruebas por escrito! —dije—. *Guardé todas sus cartas y le puedo mostrar donde...*

¡Corrie! —exclamó mi amigo mientras pasaba el brazo por debajo del mío y cerraba suavemente el cajón—. *¿No decía usted que sus pecados estaban en el fondo del mar? ¿Y los de sus amigos? ¿Hay constancia de ellos por escrito?*

Durante un angustioso instante, perdí el habla.

Jesús, que te llevas todos mis pecados —musité por fin— *¡perdóname por guardar estas pruebas contra ellos durante todos estos años! Dame la gracia para quemarlas todas como sacrificio fragante para Tu gloria.*

Aquella noche no pude pegar ojo hasta que fui a mi despacho, saqué todas aquellas cartas arrolladas después de tantos años y las quemé en mi estufa de carbón. Mi corazón

saltaba de alegría al ritmo de las centelleantes llamas. Jesús nos enseñó a orar: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores*. En las cenizas de aquellas cartas estaba viendo otra faceta de Su misericordia.

Cuando llevamos nuestros pecados a Jesús, no sólo los perdona, sino que hace como si nunca hubieran existido.

UN MOMENTO DESLUMBRANTE

No acierto a explicarlo; sólo puedo describir cómo un hombre puede cambiar del odio al amor.

Era un viernes de intensas actividades, seis días antes de la Navidad de 1958. Me encontraba en mi taller de reparación de instrumentos trabajando agitadamente con la intención de poder pasar todas las fiestas junto a mi familia. Entonces sonó el teléfono y una voz anunció que Craig, nuestro hijo de cinco años, había sido atropellado por un auto.

Al llegar al lugar, un montón de personas se había aglomerado en torno a él, pero se hicieron a un lado para dejarme pasar. Craig yacía en plena calle; ni siquiera se le habían desordenado sus cabellos rubios rizados.

Esa tarde murió en el Hospital Infantil.

Hubo muchos testigos. El accidente ocurrió en el cruce de la escuela. Nos contaron que Craig se había detenido en el bordillo de la acera hasta que el chico que hacía de guardia de tránsito le indicó que cruzara. ¡Craig, qué buena memoria tuviste! Con cuánta frecuencia te aleccionaba tu madre apenas emprendías la marcha hacia el jardín de infancia:

—¡No atraveses la calle hasta que te den la señal!

No se te olvidó.

Al oír la señal, Craig empezó a cruzar la calle. El automóvil venía a tal velocidad que nadie lo había visto. El chico que hacía de guardia gritó, agitó las manos y hasta tuvo que saltar él mismo para salvar la vida. El vehículo siguió sin detenerse.

De regreso a casa, Grace y yo recorrimos las calles decoradas de luces navideñas no dando crédito aún a lo que nos había acontecido. No fue sino hasta aquella noche cuando, al pasar junto a la cama desocupada, me percaté de ello. Inesperadamente me encontré llorando, no sólo por la cama vacía, sino por la vaciedad y la falta de sentido de la vida misma. Toda la noche, mientras Grace velaba al lado mío, rastree lo que conocía de la vida buscando algún indicio de la intervención de un Dios amoroso y no lo encontré. De chiquillo desde luego se me había enseñado a no esperar ninguno. Mi padre acostumbraba decir que en toda su infancia no había sido objeto de un solo acto de caridad o bondad cristiana. Él había sido huérfano. Se había criado en la Alemania del

siglo XIX, en un país que se decía cristiano. Los huérfanos eran cedidos en arriendo a los campesinos como se alquila hoy una máquina, y además tratados con mucha menos consideración. Con los años llegó a ser un hombre severo y melancólico que se tomaba la vida como una solitaria travesía hacia la tumba.

Se casó también con una huérfana y, cuando empezaron a tener hijos, resolvieron emigrar a América. Mi padre consiguió un empleo a bordo de un buque. Desembarcó en el puerto de Nueva York y siguió camino a Cincinnati, ciudad en la que se estaban afincando muchos alemanes. Se colocó en todo puesto que pudo encontrar y en año y medio logró ahorrar el dinero necesario para que su familia fuera a reunirse con él.

En el trayecto en el barco, dos de mis hermanas contrajeron la escarlatina; murieron en la isla de Ellis, antes de llegar a Nueva York. Con ellas, algo murió dentro de mi madre, que a partir de aquel día no demostró afecto a ningún ser viviente. Yo me crié en una casa desprovista de risas, desprovista de fe.

Ya después, en mi propia vida matrimonial, tomé la determinación de no

permitir que esas sombras lúgubres se abatieran sobre nuestros hijos. Grace y yo tuvimos cuatro: Diane, Michael, Craig y Ruth Carol. Era Craig, más que ninguno, el que parecía derribar el pesimismo de mi propia infancia, diciéndome que el mundo era un lugar maravilloso, pleno de sentido. Cuando era un pequeñín, sonreía tan primorosamente a todo el que veía que siempre pululaba un grupito alrededor de su cochecito. Cuando íbamos de visita, era Craig el que, con tres años, corría a decirle a la anfitriona:

—Tiene usted una casa preciosa.

Cuando recibía un regalo, le brotaban lágrimas de la emoción, y seguidamente se lo obsequiaba al primer niño que parecía desearlo. Los domingos por la mañana, cuando Grace se vestía para cantar en el coro, a Craig nunca se le olvidaba decir:

—Te ves muy bonita.

Si puede morir semejante niño —pensé mientras me revolcaba una y otra vez en mi lecho aquel viernes por la noche— *si una vida así puede apagarse en un minuto, entonces la vida es una insensatez y la fe en Dios un engaño forjado por uno mismo.*

De mañana mi desesperanza y mi

impotencia ya habían hallado un blanco, un odio cegador por la persona que había cometido ese crimen. Esa mañana la policía lo atrapó en Tennessee: George Williams, de 15 años de edad.

Provenía de un hogar destrozado, según averiguó la policía. Su madre trabajaba en turnos de noche y dormía durante el día. El viernes él había faltado al colegio. Tomó las llaves del auto de su madre mientras ésta dormía y arrancó como un bólido por la calle. Fue como si yo hubiera concentrado en un solo nombre, George Williams, toda la ira que albergaba contra un universo sin sentido. Llamé por teléfono a nuestro abogado y le supliqué que procesara a Williams hasta el límite:

—¡Que lo enjuicien como adulto; al tribunal de menores le falta rigor!

En ese estado de ánimo me encontraba cuando ocurrió el fenómeno que transformó mi vida. No acierto a explicarlo; sólo lo puedo describir.

Me sobrevino en el espacio de tiempo que tarda uno en dar dos pasos. Era tarde, el sábado por la noche. Iba y venía yo por el corredor fuera de mi dormitorio con las manos en la cabeza. Me sentía enfermo, mareado y

cansado, muy cansado.

¡Dios mío —imploré— enséñame por qué!

En ese mismo instante, entre un paso y el siguiente, mi vida cambió. Exhalé un enorme suspiro y con él toda mi enfermedad. En su lugar me invadió una sensación de amor y alegría tan intensa que rayaba en el dolor.

Otros hombres lo han llamado *la presencia de Cristo*. Yo por supuesto conocía aquella frase, pero la concebía como una idea teológica abstracta. Jamás se me había cruzado por la cabeza que se pudiera tratar de un Ser, que fuera una verdadera Persona la que impregnaba de amor aquel estrecho corredor.

Fue lo súbito de todo aquello lo que me deslumbró. Lo compararía con un relámpago que resultó ser la aurora. Quedé parpadeante ante una luz desconocida. Rencores, venganza, penas, odio, ira —no es que me hubiera esforzado por librarme de todo ello— sino que como duendes imaginados en tinieblas, simplemente desaparecieron a la luz del alba.

En todo momento tuve la extraordinaria sensación de que yo era dos personas distintas. Tenía otro yo, un yo distante miles

de kilómetros de aquel corredor, que aprendía cosas que, para expresar, los hombres aún carecen de palabras. Repetidamente he intentado traer a la memoria las cosas que supe entonces; pero aquel proceso de aprendizaje tuvo lugar en una mente separada de aquella con la que suelo pensar, como si la respuesta a mi pregunta fuera demasiado extensa para mi reducido intelecto. No obstante, en esa mente sin lógica, mi pregunta obtuvo respuesta. En ese instante comprendí que Craig había tenido que dejarnos. Si bien no tuve sensación visual, después fui consciente de que me había encontrado con él, y él era más sabio que yo, de tal modo que yo era el chiquillo y él el hombre. Él estaba muy ocupado, tenía tanto que hacer, cosas inimaginablemente importantes sobre las que yo no debía inquirir. Mis intereses todavía se centraban en la tierra.

En la claridad de ese momento me vino al pensamiento: *¡Esta vida es cosa simple! Recuerdo las mismísimas palabras en que vino definida la idea: «La vida es un curso de la escuela, en el cual no debemos aprender más que una lección: a establecer vínculos de amor».*

*¡Ay, Craig —pensé— mi pequeño Craig!
¡Cuánto has aprendido en tus cinco cortos
años, con cuánta rapidez has progresado, con
cuánta brevedad te graduaste!*

No sé cuánto tiempo estuve parado en el corredor. Tal vez no transcurrió ni pizca de ese tiempo con el que comúnmente medimos las cosas. Grace se había incorporado en la cama cuando llegué a la puerta de nuestro dormitorio. Estaba sin leer, sin hacer nada, salvo mirar fijamente hacia adelante como lo venía haciendo buena parte del tiempo desde el viernes por la tarde.

Será que hasta mi apariencia cambió, pues al volver lentamente la mirada hacia mí, ella tomó una pequeña bocanada de aire y se enderezó. Empecé a hablar. Las palabras se me desordenaban; reía, deseoso de declarar que el mundo no es un producto fortuito, que la vida tiene sentido, que la tragedia terrena no es el fin, que en torno a todo esta insuficiencia existe un universo lleno de sentido y que ese sentido era bueno y superaba nuestras máximas esperanzas.

—Esta noche —le dije— Craig ha superado toda necesidad que pudiera tener de nosotros. Otra persona nos necesita:

George Williams. Se aproxima la Navidad. Puede que en el centro de detención juvenil no le den ningún regalo de Navidad a menos que nosotros se lo mandemos.

Grace prestó oído, callada, inmóvil, con los ojos clavados en mí. De repente prorrumpió en llanto.

—Sí —dijo—. Tienes razón, tienes razón. Es lo primero a lo que le hallo sentido desde que Craig murió.

Y tenía todo el sentido del mundo. George resultó ser un chico inteligente, confundido, desesperadamente solitario, que precisaba un padre tanto como yo un hijo. Le llegó su regalo el día de Navidad. Por su parte, su madre recibió una caja de las sabrosas galletas navideñas de Grace. Solicitamos y obtuvimos su libertad al cabo de varios días y nuestra casa se convirtió en su segundo hogar. Trabaja para mí después de las clases, come con nosotros en la mesa de la cocina y es un hermano mayor para Diane, Michael y Ruth Carol.

Pero el momento en que conocí a Cristo no sólo cambió mi actitud con respecto a George. Aquel encuentro ha afectado toda faceta de mi vida: mi manera de llevar a cabo

los negocios, mi actitud con los amigos, con los extraños. No digo con ello que haya logrado retener el éxtasis de ese momento; dudo que el cuerpo humano sea capaz de albergar semejante alegría por muchos días.

Pero ahora sé con infinita seguridad que, a pesar de lo que nos haga la vida en el futuro, nunca jamás volveré a sumirme en la desesperación. Por muy terminante que parezca el golpe, vislumbré una dicha aún más terminante en ese momento deslumbrante en que la puerta se abrió de par en par.

EL VECINO DESHONESTO

Un día, cuando yo era niño, mi padre le compró a un vecino una tonelada de carbón. Cuando la entregó, ninguno de nosotros estaba en casa. Después de inspeccionar la carbonera le dije a mi padre: *El Sr. Stein sólo nos ha traído media tonelada de carbón.* Mi padre me dijo que no hablara más del asunto.

Unas semanas más tarde, el Sr. Stein perdió toda su casa y sus pertenencias en un incendio. Mi padre lo recibió junto con su familia en nuestra casa; no me gustó nada tener que dormir en el pajar del granero mientras aquel vecino deshonesto dormía en mi cama.

Por la mañana lo oí hablar con mi padre en el cobertizo que había debajo. *Ha sido muy amable conmigo, y eso que hace poco lo engañé dándole media tonelada menos de carbón* —dijo sollozando—. *Le ruego que me perdone.* Los dos se arrodillaron a orar en el granero y aquella mañana el hombre se entregó a Cristo.

Notar las faltas ajenas, pero no tomarlas en cuenta ni condenar al ofensor, ésa es la verdadera grandeza de la que habló Jesús: «Amad a vuestros enemigos.»

ERROR DE CÁLCULO

Cuando William Ewart Gladstone era ministro de hacienda del Reino Unido, pidió que le facilitaran ciertas estadísticas de su ministerio para basar en ellas el presupuesto que quería proponer. El estadístico se equivocó. Pero Gladstone estaba tan seguro de la precisión de aquel hombre que no verificó las cifras. Y fue a pronunciar su discurso ante la Cámara de los Comunes (la cámara de diputados de Inglaterra), basando su apelación en las cifras incorrectas que se le habían facilitado. Apenas se publicó su discurso, la prensa reveló sus evidentes inexactitudes.

Como es natural, el Sr. Gladstone se sintió terriblemente en ridículo. Fue a su despacho e hizo llamar enseguida al estadístico responsable de tan humillante situación. El hombre acudió lleno de vergüenza y temor, seguro de que iba a perder su puesto. Por el contrario, Gladstone le dijo: *Sé lo mal que se debe de sentir por lo sucedido, y le he mandado llamar para tranquilizarlo. Hace mucho tiempo que lleva las complicadas cuentas del imperio, y es la primera vez que se equivoca. Quiero felicitarle y darle muestra de mi mayor aprecio.*

Sólo un gran hombre podía hacer algo así, grande con la grandeza de la verdadera misericordia.

POR LOS AIRES

Bob Hoover, famoso piloto de pruebas que hacía frecuentes exhibiciones de destreza aeronáutica, volvía a su casa de Los Angeles después de una exhibición en San Diego. Como describió en la revista *Flight Operations*, los dos motores le fallaron cuando se hallaba a novecientos metros de altura. Haciendo uso de una gran pericia, consiguió hacer aterrizar el aparato, el cual sufrió graves daños aunque no hubo que lamentar lesiones personales.

Lo primero que hizo Hoover después del aterrizaje forzoso fue inspeccionar el combustible del aparato. Tal como sospechaba, el avión de hélice, que había servido en la Segunda Guerra Mundial, había estado volando con combustible para reactores en vez de gasolina.

Cuando regresó al aeropuerto, quiso ver al mecánico que había preparado su avión antes del vuelo. El joven estaba enfermo por la angustia de haber cometido tal equivocación. Le caían las lágrimas por la cara mientras Hoover se acercaba. Había arruinado un avión muy costoso, y además podría haber costado la pérdida de tres vidas humanas.

Es de imaginar la ira de Hoover. Era de

esperar la severa reprimenda que soltaría tan orgulloso y experimentado aviador ante semejante negligencia. Pero Hoover no regañó al mecánico. Ni siquiera lo criticó. Por el contrario, poniéndole su enorme brazo sobre el hombro, le dijo: *Para que vea que estoy seguro de que no lo volverá a hacer, quiero que mañana prepare mi F-51.*

BODAS DE ORO

Cuando celebraba sus bodas de oro, mi abuela les explicó a sus invitados el secreto de su feliz matrimonio: *El día que me casé, decidí hacer una lista de diez defectos de mi marido a los que por el bien de mi matrimonio haría la vista gorda.*

Cuando se marchaban los invitados, una joven casada cuyo matrimonio había estado hacía poco en problemas, le preguntó a mi abuela cuáles eran algunos de los defectos de los que le había parecido bien no hacer caso. Mi abuela dijo: *Si quiere que le diga la verdad, amiga, nunca llegué a enumerarlos. Pero cada vez que mi marido hacía algo que me ponía furiosa, me decía a mí misma: —¡Qué suerte tiene, ése es uno de los diez!*

UNA PERLA SIN IGUAL

Se desconoce el autor de este relato. Por lo tanto, no tenemos certeza de que se trate de un suceso verídico. Sin embargo, ilustra una verdad que a veces resulta difícil de asimilar.

Hace años, un estadounidense llamado David Morse que vivía y trabajaba en la India entabló amistad con un anciano buscador de perlas que se llamaba Rambhau. Morse pasaba muchas veladas en la cabaña de Rambhau leyéndole la Biblia y explicándole el tema central de la misma: el amor de Dios y la salvación que brinda Jesús. A Rambhau le gustaba escuchar la Palabra de Dios, pero cuando Morse lo animaba a aceptar a Cristo como Salvador, el anciano negaba con la cabeza y replicaba:

—¡Me parece demasiado fácil tu método cristiano de ir al Cielo! No puedo aceptarlo. Si me admitieran en el Cielo de esa manera, me sentiría como un mendigo, como un pordiosero al que le permitieron entrar por lástima. Será que soy orgulloso, pero quiero ganarme mi sitio en el Cielo. Quiero merecerlo con mi esfuerzo.

Por mucho que le explicaba Morse, no conseguía disuadir a Rambhau de la decisión que había tomado.

Transcurrieron algunos años, y una noche, Morse oyó que alguien tocaba a su puerta. Era Rambhau.

—Entra, amigo —dijo Morse.

—No —contestó el buscador de perlas— lo que quiero es que vayas a mi casa un rato. Quiero mostrarte algo. Te ruego que no te niegues.

—Cómo no —repuso Morse.

Mientras se acercaban a la cabaña, Rambhau anunció:

—En una semana empezaré a ganarme mi puesto en el Cielo. Iré de rodillas a Delhi.

—¿Te has vuelto loco?! —exclamó Morse—. Son casi mil quinientos kilómetros. Te vas a herir las rodillas con la fricción y te dará septicemia antes de llegar, ¡si es que llegas!

—No. Tengo que ir a Delhi —aseveró Rambhau— ¡y los inmortales me lo recompensarán! El sufrimiento será grato, ¡pues con él me compraré un lugar en el Cielo!

—Rambhau, amigo mío —comentó Morse— no puedo permitir que hagas eso.

Mira, Jesucristo ya sufrió y murió para comprarte un lugar en el Cielo.

El anciano no se inmutaba; y añadió:

--Eres el mejor amigo que tengo en la Tierra. En todos estos años no me has abandonado cuando he estado enfermo o he tenido necesidad. A veces has sido mi único amigo. Pero ni siquiera tú puedes quitarme el deseo de comprarme la felicidad eterna... ¡Tengo que ir a Delhi!

Una vez que estuvieron en el interior de la cabaña, invitó a Morse a sentarse en una silla que Rambhau había construido para él poco después de su llegada a la India. Morse se había sentado numerosas veces en la misma silla para leerle la Biblia a su amigo. Rambhau salió de la sala y regresó poco después con una pequeña caja de caudales.

—Tengo esta caja desde hace años —precisó— solo guardo una cosa en ella. Te voy a hablar de ella, amigo. Yo tenía un hijo varón...

—¡Un hijo! Rambhau... ¡nunca me hablaste de él!

—No. Es que no podía —al decir aquello, se le llenaron de lágrimas los ojos al pescador—. Ahora debo decírtelo, porque

pronto me marcharé, y quién sabe si volveré algún día. Mi hijo era buzo como yo, el mejor pescador de perlas de las costas de la India. Era también el más rápido, el que tenía la vista más aguda y los brazos más fuertes, y el que era capaz de contener el aliento por más tiempo que nadie, mientras buscaba perlas. ¡No sabes las alegrías que me daba!

—Como sabes —prosiguió Rambhau— casi toda perla tiene algún defecto o imperfección que solo un experto puede notar. Mi muchacho siempre soñó con encontrar la perla perfecta, la más fina de todas. ¡Y un día la encontró! Pero para sacarla del mar pasó demasiado tiempo bajo el agua. Al poco rato murió. Esa perla le costó la vida.

El anciano pescador de perlas agachó la cabeza. Por unos instantes se le estremeció todo el cuerpo, aunque no emitió sonido alguno.

—Todos estos años —continuó— he guardado esta perla. Ahora que me voy y quizás no vuelva, te la regalo a ti, que eres mi mejor amigo.

El anciano accionó la combinación, abrió la caja fuerte y sacó con sumo cuidado un

paquete envuelto en algodón. Lo desenvolvió con suavidad y extrajo una perla de gran tamaño que colocó en la mano de Morse.

Era una de las perlas más grandes que se habían hallado en las costas de la India. Tenía un brillo jamás visto en perlas cultivadas. En cualquier mercado se habría obtenido una suma millonaria por ella.

Por un momento, Morse contempló la joya con asombro, sin poder articular palabra. Luego exclamó:

—¡Rambhau! ¡Esta perla es fabulosa!

—Esta perla, amigo mío, es más que fabulosa, es perfecta —precisó el hindú con voz queda.

Entonces se le ocurrió una idea a Morse: aquella era la oportunidad por la que habíaorado para ayudar a Rambhau a entender el valor del sacrificio que hizo Jesús.

—Rambhau, esta perla es realmente extraordinaria; ¡es asombrosa! Permíteme que te la compre. Te daría diez mil dólares por ella.

—¿Qué dices? No te entiendo —repuso Rambhau.

—Te daré quince mil dólares por ella; y si hiciera falta, trabajaré para pagártela.

Rambhau se puso tenso, y añadió:

—En el mercado, un millón de dólares no serían suficientes para comprarla. No te la vendo. Solo será tuya si te la regalo.

—No, Rambhau. No puedo aceptar. Aunque me muero por tener esta perla, no puedo aceptarla en esas condiciones. Será que soy orgulloso, pero sería demasiado fácil. Tengo que pagarla o ganármela con mi esfuerzo.

El anciano estaba perplejo.

—Amigo mío, no lo entiendes —repuso— ¿No te das cuenta? Mi único hijo dio la vida para conseguir esta perla; no la vendería a ningún precio. Su valor es la vida de mi hijo; no puedo vendértela. Solo puedo regalártela. Acéptala en prenda de mi afecto.

Ahogado por la emoción, Morse no logró pronunciar palabra por unos instantes. Luego, asiendo con firmeza la mano del anciano, le aseguró con voz queda:

—Rambhau... ¿no lo comprendes? Acabo de decirte lo mismo que le has dicho tú siempre a Dios.

El anciano miró inquisitivamente a Morse por largo rato. Poco a poco, empezó a entender.

—Dios te ofrece la salvación como un regalo —añadió Morse—. Su valor es

incalculable. Nadie en la Tierra podría pagar lo que vale. Millones de dólares no serían suficientes. No hay hombre en este mundo que pueda ganarse la salvación. Si alguien se esforzara toda la vida por merecerla se quedaría corto, ni aún viviendo millones de años lograría pagarla. Nadie es tan bueno como para merecerla. A Dios le costó la vida de Su único Hijo obtener tu entrada al Cielo. En un millón de años, en cien peregrinajes, no podrías pagar esa entrada. Todo lo que puedes hacer es aceptarla como una muestra del amor de Dios por ti, que eres pecador.

—**Rambhau** —añadió Morse— claro que acepto la perla con gran humildad. Pido a Dios que me haga digno de tu afecto. ¿No quieres aceptar el mejor regalo que Dios te ofrece, el Cielo, con gran humildad, sabiendo que ese regalo le costó la vida de Su Hijo?

Las lágrimas rodaban por las mejillas del anciano. Había empezado a levantarse el velo que le obstruía el entendimiento.

—**Ahora lo entiendo** —dijo—. No podía creer que la salvación fuera gratuita. Algunas cosas son tan valiosas que no se pueden comprar ni merecer. Amigo mío, ¡acepto la salvación que me brinda Dios!

EL ASESINO

Un cristiano de avanzada edad se mudó a cierta comunidad donde vivía un vecino notablemente desagradable y hostil. Al informársele al hombre acerca del carácter de su vecino, respondió: *Si me llega a molestar, lo mataré.*

Dicha afirmación llegó a oídos del malvado vecino, el cual se esforzaba por atormentar al recién llegado. Pero cada ofensa era respondida con un gesto de bondad hasta que por fin el belicoso vecino quedó abrumado. *Me habían dicho que me mataría, pero no sabía que lo haría de esa manera.*

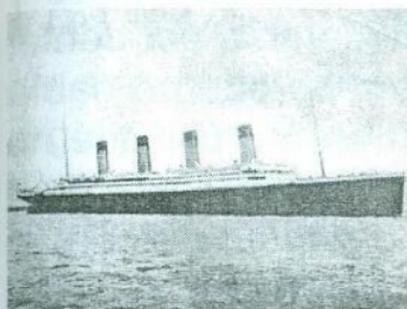
El perdón es mucho más que olvidar una falta; es restablecer una relación interrumpida.

HUELLAS

del

FUTURO

PREMONICIONES DE UNA CATÁSTROFE



En 1898 Morgan Robertson publicó su novela *Futility* (Vanidad) acerca de un extraordinario transatlántico, el más grande de todos los

tiempos; sus constructores se jactaban de que nada y nadie lo podía hundir. Tenía casi las mismas dimensiones y características que el Titanic. En su novela, la lista de pasajeros incluía la crema y nata de la sociedad y por supuesto el barco no tenía suficientes botes salvavidas. En su primer viaje, una fría noche de abril, el transatlántico choca con un iceberg y se hunde en las profundas aguas del Atlántico. El nombre del barco en la novela: *Titán*.

¡Sorprendente las similitudes de la novela con los verdaderos sucesos del Titanic! Eso no tendría nada de especial, si no fuese por el hecho que la novela fue publicada catorce años antes que se hundiese el Titanic la madrugada del 15 de abril de 1912 en su viaje inaugural de Inglaterra a Estados Unidos

en las profundidades del Océano Atlántico, casi tres horas después de chocar con un iceberg. De los cerca de 2200 pasajeros y tripulantes sólo 705 sobrevivieron al accidente. 1517 personas perecieron, porque no había suficientes botes salvavidas. Y ¿por qué no los hubo? Porque sus constructores creían que *ni Dios mismo lo podía hundir*. Además muchos de los botes salvavidas no fueron llenados hasta su máxima capacidad, de otra manera hubiesen podido salvarse casi 500 personas más. Varios de los botes partieron con menos de la mitad de su capacidad de pasajeros. Y mientras que casi todas las mujeres y los niños de la primera y segunda clase sobrevivieron, de la tercera clase sólo llegaron a salvarse menos de la mitad. ¿Fue la indiferencia, la negligencia o la discriminación que condenó a la mayoría de los de humilde cuna a hundirse en las heladas aguas del océano?

El hundimiento del Titanic es un ejemplo clásico de cómo el orgullo y la soberbia pueden convertir a hombres inteligentes y dotados de amplia experiencia en verdaderos tontos, ignorando advertencias y echando al viento toda prudencia, flotando sobre una nube de seguridad falsa. El Titanic recibió siete

mensajes advirtiendo la presencia de un iceberg; que se sepa no se hizo nada al respecto, ni se redujo la velocidad del barco, hasta que ya era demasiado tarde, y el barco se encontró con su destino. Por cierto, el orgullo viene antes de la caída. El Titanic, en su tiempo, era la máxima expresión del orgullo del hombre, símbolo de vanidad y grandeza ilusoria. Hasta el mismo nombre *Titanic*, derivado de la palabra *Titán*, tiene un significado espeluznante: En la mitología griega, los titanes fueron unos gigantes que desafiaron a los dioses y terminaron en el infierno.

Aquella noche fría hubo actos de heroísmo, entrega, compasión e imparcialidad, pero también de cobardía, egoísmo, indiferencia y discriminación, buenas y malas decisiones.

El accidente convirtió a muchos en héroes:

Los hombres, porque con valentía dieron preferencia a las mujeres y los niños; heroicamente se despidieron de sus seres queridos viéndolos partir para no volver a verlos más en esta vida, cumpliendo así con su deber para con Dios y la humanidad.

Las mujeres, porque al llegar a casa,

con aún más valentía enfrentaron su futuro, desprovistas de apoyo.

La tripulación del Titanic, porque permaneció en su puesto hasta el último momento. Aún cuando el gran buque ya estaba condenado a hundirse al fondo del océano, la orquesta siguió tocando música. Uno de los últimos temas que tocaron: *Nearer my God to Thee* (Más cerca, Dios mío, de Ti).

Los pasajeros y la tripulación de la Carpathia, porque hicieron absolutamente todo lo que pudieron con un gran sentido de apremio y urgencia para auxiliar en la catástrofe, mientras que el barco *Californian* no hizo esfuerzo alguno por prestar auxilio, a pesar de que se encontraba muy cerca del lugar del siniestro y su intervención muy posiblemente hubiese evitado la pérdida de tantas vidas.

Isidor Straus era miembro del Congreso de Estados Unidos y gran amigo del Presidente Grover Cleveland. Cuando su mujer estaba por abordar el bote salvavidas, de pronto retrocedió y dijo que no podía abandonar a su marido. Considerando su avanzada edad se le ofreció a Isidor Straus un lugar en el bote, pero rehusó, porque se negó a abordar antes que le tocara su turno. La pareja se tomó de las manos y se

alejaron del área de embarque. Ambos fallecieron en el accidente.

A John Jacob Astor, uno de los hombres más ricos del mundo, le fue negado un lugar en los botes salvavidas, porque las mujeres y los niños tenían preferencia, regla que se observó muy disciplinadamente con muy pocas excepciones. Él, junto a otros once millonarios, murió ahogado. Sólo pudieron abordar aquellos hombres que fueron escogidos para hacerse cargo de las pequeñas embarcaciones. Los hombres sobrevivientes que no tenían una excusa válida fueron considerados cobardes e inhumanos.

Uno de los que destacaron con su egoísmo fue el Sr. Carter quien se lo arregló para subirse a un bote salvavidas sin preocuparse del porvenir de su mujer y de sus hijos que aún estaban a bordo. Desamparados de la ayuda de su marido, por providencia divina, ellos también llegaron a ponerse a salvo.

Este mismo marido luego no pudo comprender que su mujer quería divorciarse de él, a pesar de que él había abandonado a su familia en una situación de vida o muerte, y eso

sin mostrar ningún remordimiento, buscando primero su propio bienestar.

En el testimonio de la Sra. Carter ante el juez se lee: *Mi marido vino a la cabina y dijo: «Levántense y vístanse». No le vi más hasta la mañana siguiente en el buque de vapor, que recogió a los sobrevivientes. Sólo dijo que disfrutó de un excelente desayuno y que pensaba que no íbamos a lograrlo.*

El Sr. Carter negó lo sucedido sosteniendo que recién abordó un bote salvavidas después de que su familia ya había partido. Pero, ¿cómo pudo ser eso, si el bote en que él se puso a salvo fue echado al agua quince minutos antes que el bote salvavidas donde su mujer e hijos encontraron refugio?

La mujer obtuvo su divorcio y en su segundo matrimonio le tocó un hombre de corazón noble.

Cuatro años después del hundimiento del Titanic, un joven escocés se puso en pie durante una reunión en Hamilton (Canadá) y dijo:

Soy un sobreviviente del Titanic. Aquella noche espantosa iba a la deriva asido de un palo, cuando las olas acercaron a mi lado al Sr. John Harper, de Glasgow, que también

estaba flotando en un trozo arrancado del barco.

—**Buen hombre** —me dijo— *¿está salvado?*

—**No** —le respondí.

—**Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo** —repuso.

Las olas lo apartaron de mí. Por extraño que parezca, al cabo de un rato lo volvieron a acercar, e insistió:

—*¿Está salvado ya?*

—**No** —le respondí— *a la verdad no puedo decir que lo esté.*

Me volvió a decir:

—**Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo.**

Poco después se hundió. Y allí, solo en la noche, con tres kilómetros de agua bajo mis pies, creí. Soy el último converso de John Harper.

Un domingo por la noche, en abril de 1912, cierta señora norteamericana, aunque se hallaba muy cansada, no podía dormir debido a que estaba oprimida por el temor. Por fin sintió la necesidad de orar, cosa que se dispuso a hacer con gran fervor. Oró por su marido, que se encontraba en medio del océano Atlántico, de regreso a su tierra en el Titanic.

Con el paso de las horas no conseguía tranquilizarse y siguió suplicando angustiada hasta las cinco de la mañana, cuando la invadió una sensación de gran paz, y logró conciliar el sueño.

Mientras tanto su marido, el coronel Archibald Gracie, se encontraba entre los cientos de personas que se hallaban en peligro y que se esforzaban desesperadamente por echar al agua los botes salvavidas del enorme barco que se había estrellado contra un inmenso témpano. Habiendo ya perdido toda esperanza de salvarse, se esforzaba por ayudar a las mujeres y a los niños. Deseando poder hacerle llegar un mensaje de despedida a su mujer, clamaba desde el fondo del alma: *Adiós, amor mío.*

Al hundirse la embarcación en las profundidades, el gigantesco remolino lo absorbió. Instintivamente comenzó a nadar bajo el agua helada y en su corazón repetía: *Adiós, amor mío, hasta que nos volvamos a ver.* De pronto volvió a la superficie y se encontró frente a un bote salvavidas, que se había dado vuelta. ¡Justo a las cinco de la mañana, hora en que su esposa —que se hallaba orando— fue invadida por aquella sensación de paz, el coronel junto con otras

personas, logró asirse a la embarcación, y luego fueron rescatados por otro bote salvavidas!

Es impresionante cómo cambian los valores en cuanto a lo que realmente importa cuando nos enfrentamos a la muerte:

El comandante A.H. Peuchen dejó 300.000 dólares en efectivo, joyas y valores en una caja fuerte de su camarote. *En ese momento el dinero me pareció una ridiculez, dijo más tarde. En su lugar me llevé tres naranjas.*

El oficial Harold Lowe fue el único que después de poner a salvo a sus pasajeros en el buque *Carpathia*, volvió al lugar del siniestro con su bote salvavidas en búsqueda de más sobrevivientes.

Hay algunas personas que parecen tener mil vidas. Gus Cohen era pasajero de tercera clase del Titanic y como no había lugar en los botes salvavidas para él, se tiró al mar helado, de donde fue rescatado milagrosamente con vida. Pocos años después durante la primera guerra mundial le dispararon en la cabeza, perdió el uso de un ojo, pero sobrevivió; en la segunda guerra mundial una bomba destruyó su negocio, él

se salvó porque justo había salido a la calle para una diligencia. Luego al desembarcar del metro se cayó en los rieles, donde se salvó de ser arrollado por el tren. Y después de la guerra en camino a una estación de radio, donde iba a participar en un evento recordando los 50 años del hundimiento del Titanic, fue atropellado por un conductor en estado ebrio, y sobrevivió. Se murió de viejo.

El 4 de julio del 2002 falleció a la edad de 98 años Winnifred Vera Quick Van Tongerloo, una de los sobrevivientes del Titanic. Que se sepa, ahora sólo quedan con vida tres sobrevivientes del Titanic, todas mujeres.

La empresa RMS Titanic, que tiene los derechos sobre lo que queda del barco, ha recuperado del fondo del mar desde el inicio de sus labores en 1985 cerca de 6000 artículos y piezas pertenecientes al barco y sus ocupantes. Investigaciones recientes además han revelado que el acero usado en la construcción del casco no fue muy apropiado para aguas heladas, volviéndose quebradizo en temperaturas bajas.

¡INSÓLITO, PERO CIERTO!

Sabemos por la Biblia que en la antigüedad hubo un gran imperio llamado Asiria. En otras épocas algunos escépticos anunciaron con plena seguridad que esa antigua civilización y su capital Nínive —que según Jonás era una ciudad grande en extremo, de tres días de camino (es decir, que uno tardaba tres días en atravesar)— en realidad no existieron.

No se había encontrado ningún vestigio de ese imperio y los libros de la antigüedad no hacían ninguna mención de él, por lo que los incrédulos se valieron de eso para afirmar que la Biblia era una *colección de fábulas*. Pero les salió el tiro por la culata, porque cuando por fin se descubrieron las ruinas de Nínive, quedó demostrado que esa gran ciudad impía había existido; y no sólo eso, ¡sino también que se habían cumplido con asombrosa exactitud las profecías sobre su destrucción!

Nínive se arrepintió al oír las advertencias de Jonás; pero poco después reincidió en su maldad y el Señor envió a Nahum para que diera un último mensaje de condena y ruina de parte de Él.

La ciudad de Nínive con todos sus suburbios tenía unos 48 kilómetros de largo y 16 de ancho. Estaba protegida por cinco murallas y tres fosos o canales. El centro, es decir la ciudad de Nínive propiamente dicha, tenía unos cinco kilómetros

de largo y dos y medio de ancho. Se levantaba en la confluencia de los ríos Tigris y Khoser. Las imponentes murallas que rodeaban el centro de la ciudad —de treinta metros de alto y tan anchas que por encima podían circular cuatro carros de caballos a la vez— tenían una longitud de trece kilómetros.

No habían pasado veinte años desde que Nahum hizo sus profecías cuando, aproximadamente en el año 607 a.C., un ejército de babilonios y medos dirigidos por Nabopolasar, el padre del rey Nabucodonosor, sitió la ciudad. (Nah. 3:2-3) Nahum había predicho: *Las puertas de los ríos se abrirán, y el palacio será destruido.* (Nah. 2:6)

Tan total fue su destrucción que hasta el lugar de su emplazamiento cayó en el olvido, ¡tal como había predicho Nahum! *Nínive es assolada; ¿quién se compadecerá de ella?* (Nah. 3:7)

Cuando apenas 300 años más tarde, en el año 331 a.C., Alejandro Magno libró la famosa batalla de Arbela a pocos kilómetros de allí, ¡ni siquiera sabía que había habido una ciudad en las inmediaciones!

La ciudad permaneció olvidada hasta 1845, cuando las ruinas de Nínive fueron halladas bajo una serie de montículos. Los cientos de miles de inscripciones arqueológicas que luego se descubrieron, dieron a conocer la historia de los asirios escrita por ellos mismos, ¡y confirmaron plenamente los datos que contiene la Biblia!

¡PRUEBAS IRREFUTABLES!

Uno de los aspectos más llamativos e innegablemente singulares de la vida de Cristo es que cumplió centenares de predicciones y profecías escritas acerca de Él en la Biblia. Dichas predicciones, hechas por antiguos profetas y videntes —muchas de ellas siglos antes que naciera— revelaron detalles precisos sobre Su nacimiento, vida y muerte que ningún mortal podría haber cumplido.

En los primeros libros de la Biblia hay más de 300 predicciones acerca del Mesías o Salvador. El hallazgo de cientos de manuscritos del Antiguo Testamento, llevado a cabo por arqueólogos durante los últimos cien años, ha demostrado, sin lugar a dudas, que dichas profecías fueron escritas siglos antes que naciera Jesús. A continuación damos cuenta de apenas algunas de ellas:

Nacido de una virgen

En el año 750 a.C., el profeta Isaías hizo la siguiente predicción:

El Señor mismo les dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo (Isaías 7:14).

Siete siglos y medio después, en Israel, una joven virgen llamada María fue visitada por el arcángel Gabriel, el cual le anunció que alumbraría un hijo, al que debía nombrar *Jesús*. El Evangelio de Lucas nos dice que María le preguntó al ángel cómo podía ser posible tal cosa si nunca había tenido relaciones con un hombre. El ángel le respondió: *El Espíritu de Dios vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo cual el Santo Ser que habrá de nacer será llamado Hijo de Dios (Lucas 1:26-35).*

Su lugar de nacimiento

Nada menos que 800 años antes del nacimiento de Cristo, el profeta Miqueas predijo el lugar exacto en que el Mesías habría de venir al mundo:

Tú, Belén, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel, y Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad (Miqueas 5:2).

Si bien José y María vivían en la ciudad de Nazaret, situada en el norte de Israel, poco antes que el embarazo de María llegase a

término se vieron obligados a viajar a Belén para cumplir con un censo decretado en esos días por todo el Imperio Romano. Precisamente durante aquella breve visita nació Jesús.

Entrada triunfal en Jerusalén

Alrededor del año 500 a.C., el profeta Zacarías profetiza al pueblo de Israel:

Alégrate mucho, hijo de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí, tu Rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna (Zacarías 9:9).

Cinco días antes de su crucifixión, Jesús regresó a Jerusalén y dijo a sus discípulos: *Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallaréis una asna atada y un pollino con ella; desatadla, y traédmelos. Y si alguien os dijere algo, decid: El Señor los necesita; y luego los enviará. [...] Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó, y trajeron el asna y el pollino, y pusieron sobre ellos sus mantos, y Él se sentó encima. [...] Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! (Mateo 21:2-9)*

La traición

Nuevamente Zacarías predice: *Les dije: Si os parece bien, dadme salario; y si no, dejadlo. Y pesaron por mi salario treinta piezas de plata (Zacarías 11:12).*

La noche en que Jesús fue capturado por sus enemigos, el Nuevo Testamento dice que Judas Iscariote *fue a los principales sacerdotes, y les dijo: ¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré? Y ellos le asignaron treinta piezas de plata (Mateo 26:14, 15).*

Es impresionante que más de quinientos años antes de producirse ese acontecimiento, el profeta Zacarías hubiera predicho el precio exacto que los enemigos de Jesús pagarían a Su discípulo traidor, Judas.

Su juicio

En el año 712 a.C., el profeta Isaías escribió que Jesús sería juzgado y sentenciado a muerte, pero no a raíz de un pecado cometido por Él mismo, sino por los pecados de todos nosotros:

Después de aprehenderlo y juzgarlo, le dieron muerte; nadie se preocupó de su descendencia. Fue arrancado de la tierra de los vivientes, y golpeado por la transgresión

de mi pueblo (Isaías 53:8, Nueva Versión Internacional).

Jesús fue detenido por los soldados del sumo sacerdote mientras oraba en el huerto de Getsemaní (Mateo 26:57). Tras juzgarlo en el tribunal religioso y condenarlo a muerte, lo ataron y lo entregaron a Pilato, el gobernador romano. (Mateo 27:57)

Estando Pilato sentado en el tribunal los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a la gente para que exigieran que se ejecutase a Jesús (Mateo 27:19-20). Finalmente Pilato accedió, y Jesús fue crucificado (Juan 19:16).

Año exacto de su crucifixión

En el año 538 a.C. Daniel, un cautivo israelita que había llegado a ser importante consejero de los monarcas de dos imperios, dio una profecía intrincada pero muy precisa, que desmenuzada matemáticamente revela con exactitud el año en que nacería el ansiado Mesías y el año mismo de su muerte:

Desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas (7 hebdómadas, equivalentes a 49 años) y

sesenta y dos semanas (62 hebdómadas, equivalentes a 434 años); se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas (434 años) se quitará la vida al Mesías (Daniel 9:25,26).

En el año 453 a.C., Artajerjes Longímano, rey de Persia, decretó que algunos de los judíos cautivos podían retornar para reconstruir Jerusalén. La reconstrucción demoró 49 años. Exactamente 434 años después, en el año 30 d.C., fue crucificado Jesucristo.

Su crucifixión

David, rey de Israel, hizo otra importante profecía cerca del año 1.000 a.C., es decir, diez siglos antes que naciera el Mesías. En ella, David ofreció detalles de una muerte cruel y dolorosa que él mismo nunca padeció:

He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron. Mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. [...] Perros me han rodeado, me ha cercado cuadrilla de malignos. Horadaron mis manos y mis pies. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes (Salmo 22:14-18).

El rey David murió de forma apacible y natural, por lo que sabemos que ese pasaje de las Escrituras no se refería a él. Sucedió que siendo profeta, predijo con absoluta precisión las circunstancias que siglos después rodearían la cruel muerte en la cruz sufrida por el Mesías, el Cristo que habría de venir. Examinemos algunos de los detalles que aparecen en la profecía anterior:

He sido derramado como aguas. [...] Mi corazón se derritió dentro de mí. Jesús no derramó Su vida por nosotros de forma exclusivamente espiritual. El Nuevo Testamento dice que, poco después de morir, estando todavía en la cruz, uno de los soldados le abrió el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua (Juan 19:34).

Todos mis huesos se descoyuntaron. Aquí describe una de las consecuencias más horribles de la muerte por crucifixión. El peso de la víctima hacía que sus brazos se desencajaran.

Perros me han rodeado, me ha cercado cuadrilla de malignos. Dice el Nuevo Testamento que los pérfidos y rencorosos enemigos religiosos de Jesús, los escribas y los fariseos, se juntaron alrededor de Él

cuando estaba en la cruz, para insultarlo y burlarse (Mateo 27:39-44).

Horadaron mis manos y mis pies. Es probable que ésta sea la predicción más impresionante de esta profecía. En tiempos de David, los judíos no imponían la pena de la crucifixión. Sus leyes religiosas determinaban que los malhechores fuesen apedreados. Sin embargo, Dios dejó ver a David, Su profeta, la muerte que habría de tener el Mesías diez siglos después, cuando fue ejecutado por mano de Roma, un imperio que ni siquiera existía en los días de David, y cuyo método más común de ajusticiar criminales era la crucifixión.

Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. En los Evangelios encontramos un cumplimiento casi increíble de esta profecía: Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron Sus vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también Su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo. Entonces dijeron entre sí: *No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, para ver de quién será (Juan 19:23, 24).*

Su resurrección

Aproximadamente en el año 1000 a. C., el rey David alabó a Dios por el *Santo*, cuyo cuerpo -aun después de la muerte- no vería corrupción:

No dejarás mi alma en el Seol (el Hades, la morada de los muertos), ni permitirás que Tu Santo vea corrupción (descomposición) (Salmo 16:10).

El rey David murió y fue enterrado y su carne se descompuso. Pero Jesús salió de la tumba tres días después de Su muerte y Su carne no se corrompió (Hechos 2:27-31). Un ángel dijo a las dolientes que acudieron a la tumba de Jesús: *¡No está aquí, sino que ha resucitado! ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Lucas 24:5-6).* Jesús anduvo por la tierra durante los 40 días posteriores a Su resurrección y fue visto por centenares de seguidores (1 Corintios 15:4-6; Hechos 1:3). Luego ascendió a los Cielos, donde está sentado a la diestra del trono de Dios (Marcos 16:19).

¿Qué ser humano corriente podría escoger su lugar de nacimiento? ¿Qué mortal podría —o querría— hacer que las autoridades de un país extranjero decretaran

su muerte mediante una ejecución terriblemente dolorosa? ¿Cómo podría alguien manipular a sus acérrimos enemigos al punto de lograr que lo injuriaran y se burlaran de él durante su agonía, y mucho menos, hacer que un grupo de soldados se jugaran su ropa y atravesaran su costado después de muerto? Jesús accedió a sufrir todas esas cosas por ti y por mí. Al morir en la cruz, tomó sobre Sí nuestros pecados, para que al creer en Él, pudiéramos ser salvos. Con ello cumplió asimismo más de 300 predicciones específicas relacionadas con Su nacimiento, vida, obra, muerte y resurrección. Sin duda Él era —y es— único en todo el sentido de la palabra.

Todo esto constituye una prueba irrefutable de que la Biblia en efecto es fuente de verdad y sabiduría. Teniendo en cuenta que las numerosas profecías que anunciaron el nacimiento y la vida de Jesús se cumplieron, no podemos menos que concluir que de igual manera habrán de cumplirse muchos otros vaticinios bíblicos acerca de Su regreso a la Tierra con el objeto de regirla con amor.

VIAJE A LAS ESTRELLAS

Jonathan Swift (1667-1745), escritor, político y clérigo inglés, mencionaba en su famosa obra *Los viajes de Gulliver* dos estrellas menores o satélites que giraban alrededor del planeta Marte. Describió con gran precisión sus proporciones y sus órbitas. Swift no tenía conocimientos excepcionales de astronomía, ni poseía los instrumentos necesarios para penetrar los secretos del universo.

Más de siglo y medio después, en 1877, las dos lunas de Marte, bautizados con los nombres Fobos y Deimos, fueron descubiertos oficialmente por el astrónomo Asaph Hall (1829-1907).

LA CONEXIÓN LINCOLN-KENNEDY

Es sabido que muchos acontecimientos históricos del pasado se repiten al cabo de varios años. Esta antigua máxima nunca cobra un dramatismo tan asombroso como cuando se comparan las similitudes entre los asesinatos de Abraham Lincoln y John F. Kennedy.

Abraham Lincoln fue elegido presidente en 1860; John Kennedy fue elegido un siglo después, en 1960.

A Lincoln se le advirtió que no asistiera al teatro Ford la noche que fue asesinado; a Kennedy se le advirtió que no visitara Dallas.

Ambos dignatarios fueron asesinados un viernes, a la vista del público, sentados relajadamente al lado de sus esposas.

Los dos hombres que los sucedieron en la presidencia, tanto a Lincoln como a Kennedy, se apellidaban Johnson. Andrew Johnson nació en 1808; Lyndon B. Johnson, en 1908. Lyndon Johnson era del partido demócrata, fue senador y provenía del Sur, y lo mismo sucedía con Andrew Johnson.

John Wilkes Booth le disparó a Lincoln en un teatro y fue capturado en un almacén de tabaco; Lee Harvey Oswald le disparó a Kennedy desde un almacén de libros y fue capturado en una sala de teatro.

- Ambos homicidas fueron asesinados antes de ser juzgados.

ENCUENTROS INOLVIDABLES

AGUA EN EL DESIERTO

Era el año 1921 cuando el Imperio Británico controlaba vastas zonas del Medio Oriente, entre ellas Egipto y también Palestina, lo que hoy se llama Israel. Un pelotón de soldados ingleses de repente se vio atrapado en una de esas temidas y espantosas tormentas de arena en medio del desierto del Sinaí.

Sargento Hopkins: Agachen la cabeza muchachos. Tendremos que detenernos a esperar a que pase el vendaval.

Algo más tarde...

Soldado Peterson: El vendaval amaina, mi sargento.

Sargento: Sí, ¡pero miren! Fíjense, el camino ha quedado sepultado por la arena. ¿Alguno sabe por dónde hay que ir?

Soldado Miller: Mi sargento, creo que si nos dirigimos hacia esas dunas de arena es posible que encontremos el camino otra vez.

Horas más tarde...

Sargento: Lo siento muchachos, no hay rastro del camino por ningún lado. Me temo que... estamos perdidos. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos donde estamos, con la esperanza de que envíen una patrulla

a buscarnos. ¿Cuánta agua tenemos?

Soldado Goldsmith: Sólo para un día, mi sargento.

Al día siguiente...

Soldado Brown: Ahí va la última gota y aún no hay señales de rescate.

Sargento: Sin agua no sobreviviremos más de tres días en el desierto.

Soldado Miller: ¿Qué vamos a hacer ahora, mi sargento?

Sargento: Cavar un pozo. ¿De qué otra forma esperan que encontremos agua?

Dos días más tarde...

Soldado Brown: Es inútil, estamos desperdiciando nuestras fuerzas, aquí no hay agua.

Sargento: Vengan a descansar a la sombra muchachos. Procuren sobrevivir tanto como puedan.

Soldado Peterson: Dentro de unas horas todos habremos muerto.

Las horas pasaban lentamente. El sol era abrasador y el calor del medio día era insoportable. Reinaba un silencio aterrador. Pensamientos pesados ocupaban las mentes de aquellos soldados sentenciados a morir de sed lejos de sus madres, sus esposas y sus hijos. No había esperanza y sus rostros

reflejaban sus temores.

Sin embargo, a veces cuando todo está sombrío, de pronto una luz nunca antes vista aparece en el horizonte y eso es lo que ocurrió aquel día en la oscuridad de aquellos corazones.

Soldado Peterson, con la cabeza agachada hablando en voz baja como si estuviera hablando consigo mismo, pero aún así claramente entendible para los demás: Antes de venir a Palestina tuve una pelea con mi mujer. Llevábamos dos años de casados y la emoción del enamoramiento se había esfumado. Me parecía monótona nuestra vida matrimonial; yo quería diversión y pasión, mientras mi mujer se esforzaba por cuidar a nuestro hijo de un año y por mantener la casa en orden. Pensándolo ahora, hizo una espléndida labor. Dos noches antes de mi partida a Palestina obtuve permiso para visitar a mi pequeña familia para despedirme. Estando allí en un arranque de frustración y sin que ella me hubiera provocado en manera alguna, le dije que era una aburrida. No me contestó, sólo lloró en silencio. Nos dormimos sin decir una palabra y a la mañana siguiente me fui antes que ella se levantara. Estaba resuelto a buscar mi felicidad en aventuras

en tierras lejanas y en brazos de otra mujer más interesante. Y aquí estoy, he llegado al final de mis aventuras que no me han traído felicidad alguna, he vivido una vida egoísta y el poco de cielo que tuve con mi mujer y mi hijo lo desprecié. Voy a llegar ante el gran trono de Dios con las manos vacías y ni tengo oportunidad para pedirle disculpas a mi esposa. (*Entre sollozos*) ¿Dios mío, qué he hecho con mi vida?

Hubo silencio otra vez, pero ya no aterrador sino más bien dulce.

Soldado Miller: Peterson, ¿te acuerdas que hace unos meses te faltaban 10 libras y pensabas que las habías perdido? Yo las robé de tu billetera. Ya sé que ahora no te servirán de nada, pero tómalas de vuelta. Espero que puedas perdonarme. Me queda una porción de pan. Acepta este pan como muestra de mi sincero arrepentimiento.

Soldado Peterson, poniendo su mano en el hombro de Miller: No puedo aceptar el pan, pero acepto tus disculpas y te perdono de todo corazón.

Más silencio.

Sargento Hopkins: Soy el más vil de todos. He fingido ser justo, he fingido ser un verdadero caballero, un buen amigo de mis

subordinados, un buen oficial inglés. Pero en el momento de la prueba los he traicionado a todos: secretamente he tomado más agua de lo que me correspondía. No tengo cómo reparar el daño que he hecho. No merezco vivir un minuto más. ¿Qué será de mí cuando muera?

Soldado Brown: Algunos dicen que hay vida después de la muerte, pero yo no creo en eso. Los hombres somos como las moscas: un día vivimos y al otro morimos y ya nadie más se acuerda de nosotros. ¡No hay un Dios! ¿Dónde está ahora? ¡No está aquí en el desierto ni en ninguna otra parte! ¡Nada ni nadie nos puede salvar de esta situación, ni Dios mismo!

Soldado Goldsmith: Mi abuela siempre me contaba las historias de la Biblia cuando era pequeño. Me gustaban mucho y ella las hacía vivir en mi imaginación. Sabía que eran más que simples historias bonitas. Había poder en ellas. También me enseñó a orar. Tenía yo una fe muy grande en aquel tiempo. Todo problema que se nos presentaba lo dejábamos en las manos de Dios y siempre se solucionaba. No había obstáculo demasiado grande ni abismo demasiado profundo para Dios. Pero luego al crecer me

junté con amigos a quienes no les interesaba la religión y poco a poco la llama que había ardido en mí con fuerza, empezó a extinguirse. Mi abuela se entristeció y me hizo prometer que haga lo que haga, llevaría mi Biblia siempre conmigo. Aquí la tengo, no la he usado en mucho tiempo. He sido un hijo ingrato, quien ahora en la angustia se acuerda otra vez de su Creador. Me siento indigno de abrir este libro y a la vez percibo de pronto que emana un calor refrescante e irresistible de sus páginas. ¡Ay, cómo me conocía las Escrituras! ¿Saben qué? Escucho una voz dentro de mí que me dice que no vamos a perecer aquí en el desierto; y sé lo que debo hacer. ¡Pásame el pico, por favor, Peterson!

Sargento: Un momento. ¿Qué va a hacer con ese pico?

Soldado Goldsmith: Voy a golpear esa peña.

Sargento: Pobrecito le ha dado demasiado sol.

Soldado Brown: Sí, ha perdido la cabeza, está loco.

Soldado Goldsmith: Escuchen amigos. ¿Recuerdan la historia de Moisés y los hijos de Israel? En aquel tiempo había varios millones de personas en el desierto que creían

que iban a morir de sed y Dios dijo a Moisés: *Les sacarás agua de la peña*. Entonces alzó Moisés su mano y golpeó la peña con su vara dos veces y salió el agua y alabaron a Dios (Números 20:7-13).

Soldado Miller: Eso fue hace miles de años.

Soldado Goldsmith: Pero, ¿acaso ha dejado Dios de tener tanto poder? ¿Acaso Dios está muerto y no puede hacer ya los mismos milagros? Fíjense, éste es el mismo desierto del Sinaí en el que se encontraba Moisés. Ahí tenemos una peña, probablemente de la misma clase que la que golpeó Moisés. Entonces, ¿por qué no buscamos agua del mismo modo que Moisés?

Soldado Brown: Estás chiflado.

Sargento: Yo me estoy muriendo de sed, así que estoy dispuesto a intentar cualquier cosa. Adelante, inténtalo.

Y así intentaron varias veces, el soldado y el sargento; una y otra vez golpeaban la peña desesperados... hasta que ocurrió el milagro.

Soldado Miller: ¡¡Agua!!

Sargento: ¡Sale agua de la peña!

Soldado Brown: ¡¿Qué?!

Sargento: ¡Dios es grande!

Soldado Goldsmith (con lágrimas en los

ojos): ¡Jesús, somos siervos inútiles! ¡Has escuchado el clamor de nuestro corazón, aunque nosotros te hemos ignorado por años!

De la superficie de la peña, brotaba un chorrito de agua fresca y clara. La peña era en realidad de piedra caliza blanda y una parte tapaba un manantial oculto. El agua fue una verdadera fuente de vida para ellos, como lo fueron también las palabras que el soldado Goldsmith leyó de su preciado libro para todo el pelotón en los días que siguieron. Hasta el soldado Brown, que antes había negado la existencia de Dios, escuchaba humildemente.

El agua los mantuvo con vida y pocos días después una patrulla de rescate los encontró, sorprendido por cierto, ya que sólo esperaban encontrar cadáveres.

La vida de los cinco ingleses cambió drásticamente después de su encuentro con Dios en el desierto. Habían emprendido su misión como rudos e insensibles soldados, pero fueron moldeados en el horno de fuego de Dios.

En cuanto pudo, el soldado Peterson envió una carta a su esposa pidiéndole perdón por sus actitudes equivocadas y su rudeza con ella. Se convirtió en un esposo y padre ejemplar. Había encontrado lo que estaba buscando,

porque Dios le había abierto los ojos.

El soldado Goldsmith otra vez trajo alegría al corazón de su abuela. Se convirtió en una Biblia con pies, porque donde estuviera era el consuelo de los afligidos, ánimo para los descorazonados y luz para los que estaban en oscuridad.

El soldado Miller asumió una actitud más sobria hacia la vida. Dejó de usar palabrotas, se acabaron los chistes de mal gusto, superó su mal hábito de rebajar a sus compañeros con comentarios sarcásticos, se convirtió en un remanso de paz, cuando antes muchas veces fue el foco de la disensión. Y nunca más robó a nadie.

El sargento Hopkins, el que había fallado tan terriblemente a sus soldados al robarles el agua que valía oro, tuvo su oportunidad de corregir su error y lo hizo con grandeza:

Se había incendiado la barraca donde estaban durmiendo profundamente dieciseis soldados. El sargento Hopkins fue uno de los primeros en percatarse del siniestro y rápidamente corrió hacia el lugar en llamas salvando a cuantos soldados pudo. Algunos aún estaban en condiciones de caminar por su cuenta, otros ya estaban inconcientes. Con la heroica intervención de Hopkins se salvó

hasta el último soldado, pero él mismo luego falleció en el hospital debido a las graves quemaduras que había sufrido y a la gran cantidad de humo y de gases tóxicos que había inhalado. No hubo tristeza ni agonía en el rostro de Hopkins, sólo una mirada de paz que parecía decir: gracias por haberme dado una segunda oportunidad.

El soldado Brown, el ex-ateo, por cierto experimentó el cambio más profundo: ahora tenía luz en sus ojos. Años más tarde se casó y tuvo 7 hijos. A los 52 años sufrió un accidente en el cual quedó mal herido. Su mujer y varios de sus hijos estuvieron a su lado cuando pasó a mejor vida.

Tomando la mano de su esposa dijo: *Estoy otra vez en el desierto. Dentro de poco vendrá mi patrulla de rescate. La Luz que vi en aquel entonces me ha guiado por la senda de la vida. Gracias por ser mis compañeros de viaje. Ahora tengo que partir, pero no hay nada de qué inquietarse, porque sé que mi Redentor vive.*

E.L.

FUGA DE LA CÁRCEL

Cookie Rodriguez había sido drogadicta perdida, amargada y rebelde, prostituta, pandillera y ladrona por años, hasta que un día Jesús cambió su vida de tal manera que dio todo de sí para llevar a otros a Él. Sintió el llamado de buscar a chicas perdidas como ella misma había sido y empezó a ir a las cárceles de mujeres. Aquí sus propias palabras:

El primer lunes del mes de enero fue el día en que comenzó oficialmente mi trabajo en las cárceles de mujeres. Luisa fue mi primera *cliente*. Se nos concedió un rincón en el departamento de servicio social como nuestra *oficina*. Todo lo que hiciera o hablara con esa chica en aquel lugar, tenía que ser visto, escuchado y oído por cuanta persona hubiera allí. La privacidad y la concentración eran prácticamente imposibles.

Sin embargo, Luisa volvió la semana siguiente y la otra. La tercera vez trajo a una amiga. Colleen era una muchacha alta, de aspecto desafiante, que me produjo un frío estremecimiento en todo el cuerpo, cuando por primera vez comparé mi pequeña y débil figura con su talla y sus penetrantes ojos negros. Me puse a orar en silencio apenas la vi para que

el Señor me diera amor para poder tratar a esa muchacha. Ella comenzó a decirnos por qué había venido.

Me dijo que había venido para verme, porque había oído todas las *mentiras* que yo le había dicho a Luisa. Ella pensaba que yo estaba loca. Comenzó a atacarme agriamente:

Te he oído decir que antes anduviste en drogas, y en robos y en la prostitución —dijo con desprecio— y que Jesús vino a tu vida y entonces, de golpe, dejaste todo eso.

Cada palabra suya destilaba incredulidad: *Bien. ¡Escúchame! Hace cinco años que ando en la droga, ¡y sé que no hay manera de salir!*

Luego empezó a contarme acerca del asalto y asesinato por los cuales estaba ahora en la cárcel. Ella y su compinche no habían tenido intención de herir a nadie, solamente andaban detrás de algo de dinero, pero el comerciante, al cual habían asaltado, sacó un cuchillo y entonces Colleen le disparó un tiro. Su compinche, que también era su enamorado, huyó, dejándola sola. A ella le afectó más haber sido abandonada por su amigo, que el hecho de haber matado al comerciante.

Mientras me contaba cada paso de su vida, yo podía ver en su rostro la abyecta

soledad de su alma, que era el principal personaje de la historia.

Estoy sola ahora —dijo desafiante— y me he prometido a mí misma no confiar en nadie otra vez. De aquí en adelante, voy a seguir sola mi camino.

Podía ver el dolor y la ira alternándose en esos fríos ojos negros. Entonces oró silenciosamente: *Jesús, un hombre inocente está muerto por la mano de Colleen, sin embargo, ella está perdida y confusa, y muy, pero muy solitaria. Dame palabras para ayudarla a conocerte.*

Entonces llegó mi turno de hablar, de contar mi pasado. Le hablé de las heridas que había recibido a lo largo de mi camino. De cómo había culpado a todos por lo que sufría; a mis padres porque no me habían querido; a mi abuela, porque no me había comprendido; a mis compañeros de colegio, porque no me habían aceptado porque vivía en un departamento con otros nueve parientes. Y le dije cómo Jesús había venido a mi vida una noche, en un abigarrado auditorio, y me había mostrado que me amaba personalmente, que había muerto por mí siglos antes. Le dije cómo el Señor me había dado lágrimas de arrepentimiento. Cuando terminé de hablar

Colleen estaba sollozando y confesando:

¡Vivo tan solitaria, Cookie, toda mi vida he vivido solitaria! ¡Oh, Cookie, yo necesito a Jesús! ¿Cómo puedo decirle que lo necesito?

Cuando la conduje dulcemente en oración a la presencia de Jesús, yo estaba llorando y Luisa lloraba también. Era un nuevo comenzar para Colleen y para muchas otras muchachas que iban a ser tocadas para obrarse un cambio en sus vidas. Pronto nuestro grupo creció con muchas otras chicas que deseaban conocer la razón del cambio operado en la vida de Colleen tan súbitamente.

Poco después Colleen fue sentenciada a siete años de cárcel, pero ni esta dura sentencia menguó en nada su testimonio. Al día siguiente que le comunicaron la sentencia, Colleen compartió sus pensamientos con el grupo más grande que habíamos reunido hasta entonces en la cárcel:

Chicas, he aprendido que mi verdadera cárcel estaba dentro de mí, en mi corazón. Todos mis amigos, que ahora andan libres, fuera de los muros de esta prisión, no son más libres que yo, porque tengo la libertad que Cristo me ha dado.

Ese día, muchas de las muchachas más endurecidas de la cárcel lloraron con su testimonio y dieron su corazón a Cristo.

CAÍDO DEL CIELO

La visibilidad era prácticamente nula la tarde del 17 de noviembre de 1976. Ninguno de los que estábamos sentados en la oficina comercial del aeropuerto Hunt de Portland, Texas, habríamos apostado más de un dólar a que un aparato pudiera aterrizar en medio de aquellos espesos nubarrones. Nadie contó con que aquella *Cesna 172* se descolgara repentinamente del cielo oscuro, negro como café cerrero. Y yo no me imaginaba que aquello cambiaría definitivamente mi vida.

Esa mañana me había despertado muy complacido conmigo mismo. Un año antes, cuando llegué de Carolina del Norte, toda mi fortuna me cabía sin dificultad en el bolsillo. En ese momento, sin embargo, a los veintitres años de edad, el éxito me había sonreído, por lo menos así lo creía. Era instructor de vuelo, tenía en mi haber una floreciente escuela de aviación y tres aeronaves. Una de mis primeras alumnas tejanas había sido una hermosa joven llamada Linda Peters, que para entonces era mi novia. Ganaba más dinero del que necesitaba. Ese día me sentí tan autosatisfecho que no me importaba que la

crudeza del tiempo me impidiera dar clases de aviación. Los temporales del norte suelen azotar Texas, pero a los pocos días amainan y el tiempo vuelve a mejorar.

En las escuelas de aviación, el mal tiempo es ideal para enfrascarse en *maniobras de hangar*, lo que en lenguaje corriente quiere decir conversar con los compañeros. Me puse mi chaqueta de piloto y me fui en el auto para comprar pollo a la brasa para mí y mis tres amigos: Jess, el piloto retirado que nos llevaba las cuentas; Aldo, que a los 60 por fin estaba aprendiendo a volar; y Ray. Al regresar estaba llovisnando. La niebla entoldaba de tal manera el cielo que no acertaba ver la ciudad de Corpus Christi al otro extremo de la bahía. Los únicos capaces de volar en esas condiciones meteorológicas eran pilotos guiados por instrumentos, y para aterrizar tenían que dirigirse a aeropuertos más grandes dotados de torre de control, como el internacional de Corpus Christi.

Dentro, el ambiente era jovial. Saqué el pollo y en aquellos muebles de vinilo desgastados nos sentamos a charlar, narrar historias increíbles y enderezar los entuertos del mundo. Jess y Ray seguían fastidiando a

Aldo por meterse de aviador a esas alturas de la vida.

—Pues más vale tarde que nunca —dijo Aldo—. No como Steve, que habla como si hubiera aprendido a volar antes que a caminar.

—Eso es cierto —asentí—. Mis padres decían que las únicas veces que yo me quedaba quieto era cuando iba en avión con ellos.

Les conté que había pasado buena parte de mi infancia en México. Mi padre trabajaba allí de piloto misionero. Mientras hablaba, me veía a mí mismo de chiquillo, con 10 años de edad y en mangas de camisa, recorriendo con mi padre las polvorientas carreteras que desembocaban en el campo de aterrizaje a las afueras de Guadalajara. Cuantas veces había soñado despierto que doblábamos la esquina y rodábamos estruendosamente hacia el objeto más hermoso del mundo: nuestro *Fairchild 24*. Un pedazo de chatarra, una nave venida a menos que mi padre había comprado por apenas 300 dólares. Le había puesto un motor radial, uno de esos artefactos vetustos con muchos caballos de fuerza. Bien escandaloso.

—¡Carguémoslo, Steve! —gritaba papá, y enseguida metíamos cuantas cajas de provisiones pudiera soportar el avión. Nos sentábamos en la cabina y nos ajustábamos los cinturones de seguridad. No había despegue que no me asustara y me emocionara al mismo tiempo hasta la punta de los dedos del pie. Al rato, tomábamos altura y nos deslizábamos sobre pueblos, bosques tropicales y cordilleras.

—Voy a echarme un sueñecito, Steve. Agarra duro el timón —decía papá y se ponía a dormir (o se hacía el dormido) mientras yo mantenía el rumbo y la altitud.

Luego él aterrizaba en alguna aldea de la cima de una montaña, donde aguardaban las provisiones que les llevábamos.

Los colegas expresaron con gruñidos su interés por aquella escena. Dejé de hablar. Sin embargo, algo había en mi pasado que me punzaba la conciencia y que desde hacía meses me producía ansiedad. Mientras los demás continuaban la conversación, yo mentalmente me quedé varado en el tiempo, en aquella aldea montañesa.

Una vez que descargábamos los víveres y pertrechos, papá reunía a los indígenas y

les hablaba de Jesucristo, el Salvador. Yo me bebía cada palabra. En aquel entonces Jesucristo había sido alguien intensamente real para mí. Hasta me consideraba un misionero. No abrigaba otro deseo que hacerme mayor y seguir los pasos de Nate Saint, un piloto del que había leído en un libro que me obsequiaron mis padres. Se titulaba *Through Gates of Splendour* (Por puertas de esplendor), de Elisabeth Elliot. Narraba la odisea de cinco misioneros, entre ellos el marido de la señora Elliot, que murieron martirizados por una tribu de indígenas ecuatorianos en 1956. Era un relato conmovedor de fe y aventura. Pero la parte que casi podía repetir de memoria fue la de mi héroe, Nate Saint, el joven piloto que los transportaba a sus misiones. Lo admiraba tanto que cuando dirigía la nave para mi padre, me imaginaba que yo *era* Nate Saint piloteando un avión que transportaba importantísimas provisiones hacia los rincones más alejados de la selva. ¡Dentro de poco ése *sería* yo!

El solo recuerdo de esa época me produjo un nudo en la garganta. En aquellos días era tal la alegría que tenía, tal mi

confianza en Dios. Mi fe era semejante a la de Nate Saint, una fe por la que lo hubiera arriesgado todo. Pero con el paso del tiempo, ¿qué había sido de esa fe? Ahora vivía en el mundo de los adultos, un mundo de dudas, de conflictos y de tentaciones. Como no había nadie cerca que me ayudara a hacer frente a aquellas punzantes dudas, me resultaba mucho más fácil no hacerles caso. Dejé, pues, de preocuparme del cristianismo y dediqué toda mi atención a los ejercicios aéreos. Un profundo sentido de pérdida ocupaba ahora el lugar en que antes había reinado mi fe. Sentía un vacío interior.

Hacía poco me había topado con mi viejo ejemplar de *Through Gates of Splendour*. Quise retirar el libro de mi vista, pero no podía deshacerme de la tristeza que me oprimía... por la muerte de Nate, y por la pérdida de fe que yo mismo había sufrido. Por fin, me detuve y elevé la primera plegaria que había hecho en muchos años: *Un momento, Dios. Algo me dice que Tú no existes. La verdad es que deseo conocerte como una vez creí que te conocía. Quiero recobrar la fe que tuve en otros tiempos. Lo que no puedo hacer es aceptar ciegamente las cosas que me*

inculcaron de chico. Si me haces saber que eres de verdad, te serviré. Pero tengo que saberlo. No puedo andar fingiendo.

No percibí ninguna respuesta a mi oración. Mejor dicho, no percibí ni sentí nada. Me dio ira.

No, pensé. Todo es una farsa. El héroe de mi infancia, Nate Saint, echó a perder su vida. Murió en vano.

Al soltarlo, el libro quedó abierto en las páginas de fotos. Me fijé en el retrato de Stephen, el hijo de Nate Saint, que por entonces contaba con cinco años. *Ese chico tendrá ahora mi edad —deduje—. ¿Quién sabe? A lo mejor está en peor estado espiritual que yo.*

Con rechazo y disgusto guardé el libro. En ese instante, sentado en la oficina del campo de aviación aquel tormentoso día, no se me pasaba el enojo.

Traté de quitarme de encima aquellos pensamientos y reintegrarme a la conversación. ¿No se reirían mis amigos si llegaran a enterarse de que yo estaba demandando pruebas de un Dios inexistente? ¿Y de que estaba destrozado por dentro, pues no se vislumbraba respuesta alguna?

—Bueno. Mejor cerremos —dijo Jess—

La lluvia arrecia.

Ya estábamos cerrando cuando Julio, uno de los empleados del Sr. Hunt, entró por un momento. Le gustaba conversar conmigo porque yo era uno de los pocos por ahí que dominaba el castellano, su lengua natal.

—Hola Steve —saludó— aquí viene un avión loco.

Miramos por entre la cortina de lluvia y, en efecto, una pequeña Cessna 172 descendía vertiginosamente hacia la pista de aterrizaje.

—Menudo día para andar escurriéndose entre las nubes —dijo riéndose Aldo.

Pero todos dimos un suspiro de alivio cuando el avión se posó en tierra sin mayores contratiempos y recorrió la pista hasta el terminal.

—Serán narcotraficantes. ¿Qué otra cosa podrían estar haciendo en un día tan borrascoso? —conjeturó Ray.

A los pocos minutos el piloto y el pasajero abrieron de golpe la puerta de la oficina y entraron empapados. Los dos eran jóvenes, de buen aspecto.

—Qué tal —dijo el piloto—. Por poco no aterrizamos. No vuelo con instrumentos. No sabía si encontraría un aeropuerto sin controles de tráfico. ¿Les importa si

estacionamos aquí? ¿Habrá un hotel donde podamos alojarnos hasta que mejore el tiempo?

—Estábamos cerrando —dijo Ray— pero sí, pueden dejar la avioneta ahí.

Aldo y Ray ya salían.

—Hay un hotel en Portland —les dije— si se dan prisa, los espero y los llevo.

Me volví hacia Julio para reanudar la conversación que habíamos comenzado en español.

—Este tiempo está malo.

—Y peligroso también —añadió el piloto—. No debía haber volado en un día como éste.

La conversación entre los tres discurrió por varios minutos hasta que me di cuenta de lo raro que era que aquel piloto, un americano rubio de ojos azules, hablara en perfecto castellano.

—¿Dónde aprendió el idioma? —pregunté.

—Mis padres eran misioneros en Ecuador —respondió—. Me crié allá.

—¿De veras? —comenté— ¿Alguna vez oyó hablar de unos misioneros que murieron mártires por allá hace veinte años?

—Uno de ellos era su padre —intervino el pasajero.

—No diga —exclamé— ¿Cómo se llama usted?

—Stephen Saint —dijo.

¡El chico del libro!

Se me fue el aliento, como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el pecho. Dios se había valido de aquel libro para avivar mi fe cuando chico y en ese momento, años después, cuando albergaba interrogantes más profundos, ¡el chico del libro salió volando de sus páginas y apareció delante de mí como por encanto!

Pero... ¿todavía tenía fe? ¿O era ésta una cruel coincidencia?

Me tomó varios minutos conseguir descoser los labios. Cuando lo logré, traté de aparentar indiferencia.

—Si ustedes quieren ahorrarse la cuenta del hotel, yo vivo a tres kilómetros de aquí. Tengo un sofá, donde pueden echarse a dormir esta noche.

—Estupendo —repuso Stephen.

Hablé con Stephen y su amigo Jim hasta altas horas de la noche. Quería saber qué rumbo había tomado la vida de Stephen.

¿Seguiría creyendo en Dios?

Cuando descubrí que tenía una estrecha relación con Dios y que la muerte de su padre había *reforzado* su fe, lo interrogué sin misericordia. Ni una sola vez hice mención del libro o de mi infancia. Desfogué toda mi cólera sobre el hijo de Nate Saint. Lo bombardeé a preguntas. Él, serenamente, respondió a cada interrogante con fe. Fue enorme el alivio que sentí al desahogar todo aquello. Luego de todos esos años pude por fin expresar mis dudas, ya que el hijo de Nate Saint tenía un Dios tan grande y tan verídico que era capaz de aclararlas todas.

Al día siguiente se despejó el cielo. Me quedé solo en la pista de despegue una vez que Stephen y Jim hubieron levantado vuelo. Nada había cambiado en el aeropuerto de Hunt, excepto yo. A las veinticuatro horas de aquella tormenta física y espiritual no me cabía duda de que Dios había respondido a mi oración de la manera más íntima y amorosa posible. Me volvió a invadir un gozo que ningún avión habría podido producirme.

También en Linda se operó un cambio. Ella, de igual manera, mantiene una estrecha

relación con Jesucristo. Llevamos ya diez años de casados y hemos realizado muchas misiones de vuelo a humildes pueblos de lejanas regiones de México y Centroamérica.

Sin embargo, jamás olvidaré ese día de noviembre, después que Stephen Saint despegó, cuando mi mirada se perdió en el cielo, el cielo por el que se había remontado mi oración, el cielo que mi padre y Nate Saint habían atravesado en su vuelo al infinito, el cielo del que se había descolgado aquella pequeña *Cesna*. Sabía yo que debajo de ese cielo, más allá del horizonte, en México y Centroamérica, pueblos hambrientos esperaban que algún Nate Saint o yo les llevara alimentos en avión y una fe por la que valiera la pena arriesgarlo todo. Gracias a Dios, había recuperado esa fe.

por Steve Davis

HASTA LO ÚLTIMO DE LA TIERRA

Por años me imaginé que Tombuctú era tan sólo un nombre inventado para decir «lo último de la tierra». Cuando me enteré de que en efecto era un lugar en el norte de África, me entró una inexplicable fascinación por ese lugar. Fue en 1986, en un viaje de exploración al África para la Sociedad Aeronáutica Misionera, cuando esta fascinación se convirtió en un deseo irresistible. Tombuctú no estaba en mi itinerario, pero sentí que tenía que ir. Sin embargo, una vez allí descubrí que me había metido en un aprieto.

Cubrí los 800 km que separan a Tombuctú de Bamako, la capital de Malí, en una avioneta Navajo con capacidad para seis pasajeros que había fletado la UNICEF. Conseguí el único asiento libre que quedaba. Dos médicos de ese organismo se hallaban en Tombuctú y era muy probable que viajaran en el vuelo de regreso, lo cual significaba que ya no habría lugar para mí; pero de todos modos decidí correr el riesgo.

Y allí estaba yo, parado al lado de la avioneta en las afueras de ese puesto avanzado de los famosos bereberes*,

observando cómo el viento azotaba el lugar. No se veía una brizna de verdor en todo el árido paisaje del Sahara. La polvareda que levantaba el viento era de tal magnitud que no dejaba ver el sol, mientras yo trataba de divisar con los ojos entrecerrados las construcciones de adobe de aquel pueblo de 20.000 habitantes. (**Bereberes: integrantes de un grupo de tribus musulmanas que viven en el norte de África.*)

Cuando me dirigía rumbo al pueblo, se me acercó el piloto. Me comunicó que los doctores ya estaban camino al aeródromo para tomar el vuelo de regreso, por lo que tendría que conseguirme otro medio para volver a Bamako.

—Pruebe en la zona del mercado. Tal vez alguien tenga un camión. Pero ándese con cuidado —me dijo—. Si algo le llegara a ocurrir al vehículo, como sucede a menudo, recuerde que los extranjeros no duran mucho en el desierto.

El mercado al aire libre, ubicado en el centro del pueblo, estaba atestado de gente. Hombres y mujeres llevaban largos mantos y turbantes para protegerse del sol. Por lo general los mantos de los bereberes son de color

azul oscuro, y nada más en el turbante llevaban como diez metros de tela. Los hombres iban armados con espadas y puñales. Tenía la sensación que había ojos a mi alrededor observándome con recelo.

Lo que en un tiempo había sido un pueblo próspero y autosuficiente, ahora parecía un desierto. Hasta la tierra parecía haberse vuelto contra ellos. La sequía había convertido verdes prados en desierto. El sol implacable y fuertes vendavales prácticamente habían eliminado la vida animal. Miles de personas fallecían a raíz de todo ello.

Fui de persona en persona tratando de encontrar a alguien que hablara inglés, hasta que por fin me topé con un gendarme del lugar que consiguió entender mi francés mal hablado.

—Necesito un camión que vaya a Bamako.

Abrió los ojos bien grandes, los cuales resaltaban en su rostro moreno.

—No camión —respondió encogiendo los hombros, y añadió:

—No camino. Sólo arena.

A estas alturas, mi presencia estaba causando sensación en el mercado. Me

rodeaban por lo menos una docena de niños, que saltaban y bailaban, pidiéndome dinero y algún recuerdo. Me di cuenta de que la situación era sumamente delicada. Traté de pensar con calma. ¿Qué debía hacer?

De pronto, me vino un fuerte deseo de hablar con mi padre. Si alguien sabía lo que era ser forastero en tierras extrañas, era él. Sin embargo, mi padre, Nate Saint, estaba muerto. Fue uno de los cinco misioneros que en 1956 perdieron la vida a mano de los indios aucas, en las junglas ecuatorianas, justo un mes antes de que yo cumpliera cinco años. Mis recuerdos de él eran casi como fragmentos de película: era un hombre alto, muy ingenioso, de ideales firmes y decidido a cumplir su misión en la vida. Era muy dedicado en su trabajo de piloto en la selva. Transportaba en su avioneta a misioneros y personal médico. Aun después de su muerte la memoria de mi padre se mantuvo presente en mi vida.

Ya anteriormente había sentido la necesidad de hablar con él, sobre todo desde que me casé y, como él, también me convertí en padre. Pero en las últimas semanas ese deseo se volvió apremiante. Para empezar,

yo era nuevo en la tarea de prestar ayuda humanitaria a los necesitados. Pero era algo más que eso. Necesitaba que papá me ayudara a encontrar las respuestas a mis nuevos interrogantes en materia de fe.

En Malí, por primera vez en mi vida, me vi rodeado de personas que no compartían mis creencias y que más bien eran hostiles a la fe cristiana, ya sea que la profesaran los naturales o los occidentales que brindaban ayuda humanitaria. En cierta forma era como un paralelo a la situación en la que se vio envuelto mi padre en Ecuador. ¡Cuántas veces había repetido las palabras que probablemente habría dicho papá, cuando se encontraba entre los indios que lo mataron!: *Mi Dios es verdadero. Él es un Dios personal que vive dentro de mí, con quien tengo una relación muy especial, de corazón a corazón.*

No obstante, había una pregunta que persistía en mí: *¿Fue necesario que muriera mi padre?*

Toda la vida había oído a la gente hablar de papá con respeto. Era un hombre que estaba dispuesto a dar la vida por su fe. Pero en aquel momento se me cruzó por la cabeza que la matanza fue un accidente que pudo haberse evitado.

¿No pudo haber otra manera? Al parecer a los indios aucas su muerte no les impactó mucho que digamos. Para ellos no fue sino una muerte más en su larga lista de masacres.

Treinta años después, aquello todavía me conmovía. Y por primera vez en mi vida me sentía amenazado por causa de mi fe. De pronto, me vi rezando, mientras observaba con recelo la zona del mercado a mi alrededor: *¡Dios, corro peligro! Por favor, guárdame a salvo y haz que encuentre una forma de regresar. ¡Por favor, revélame a mí y dame una muestra de Tu amor!*

No cayó un rayo del cielo. Pero se me ocurrió una idea. Sin lugar a dudas, debía de haber algún encargado de telecomunicaciones por alguna parte. Podría telegrafiar a Bamako y pedir que me enviaran una avioneta. Sería costoso, pero no veía otra manera de salir de aquel sitio.

—¿Dónde está la oficina de telecomunicaciones? —le pregunté a otro gendarme.

Me dio instrucciones y añadió:

—Funciona sólo telegrama. Si estación en Bamako tiene máquina encendida, llega mensaje. Si no —dijo encogiendo los hombros

con cierta indiferencia —nunca llega respuesta. Su única esperanza es que reciban mensaje.

¿Y ahora qué? El sol ya se ocultaba tras el horizonte. Si no tenía el asunto arreglado para el anochecer, ¿qué sería de mí? Éste era seguramente el pueblo más remoto del mundo. Más de un extranjero occidental había desaparecido en el desierto sin dejar rastro.

Entonces recordé las palabras de un colega justo antes de emprender viaje a Tombuctú: *Hay una mezquita famosa, que fue construida de adobe en el siglo dieciseis, peregrinos musulmanes la visitan cada año, pero también hay una iglesia cristiana muy pequeña que casi nadie visita. Si tienes oportunidad, anda a visitarla.*

Pregunté a unos niños dónde quedaba el templo cristiano. Los chiquillos se ofrecieron a ayudar, aunque no estaban muy seguros de lo que yo buscaba. En varias oportunidades, mientras me guiaban por las diversas callejuelas, personas mayores, hombres y mujeres, los regañaban severamente, pero ellos seguían adelante. Finalmente llegamos, no a la iglesia, sino a la puerta abierta de una pequeña vivienda de barro. No había nadie en casa. Sin embargo,

en la pared del fondo había un afiche de una cruz cubierta por dos manos ensangrentadas. En la parte inferior se leía en francés: *Por sus llagas somos nosotros curados.*

A los pocos minutos, la multitud de niños callejeros que me rodeaba señaló a un joven que se acercaba por un callejón de tierra. Acto seguido los pequeños desaparecieron entre las callejuelas y barriadas de Tombuctú.

El joven, buen mozo y de tez oscura, iba vestido con el atuendo típico del lugar. Pero había algo en él que lo hacía inexplicablemente diferente a los demás. Se llamaba Nouh Ag Infa Yatara; o al menos eso fue lo que entendí. Por medio de señas me dijo que conocía a alguien que podía hacer de intérprete. Me llevó hasta un lugar a la salida del pueblo donde vivía un misionero norteamericano. Si bien me alegré de ver al misionero, desde el momento en que vi a Nouh, supe que teníamos algo en común.

—¿Cómo conociste a Jesús? —le pregunté.

El misionero traducía simultáneamente lo que Nouh respondía.

—En este lugar solía haber una hermosa huerta. Cierta día, cuando yo era chico, con

un amigo decidimos robar unas zanahorias. Era una misión peligrosa porque nos habían dicho que los hombres blancos se comían a los niños nómadas. Pese a mi velocidad y experiencia, el señor Marshall, el antiguo misionero que vivía aquí, me atrapó. Pero no me comió; en cambio me regaló las zanahorias y unas tarjetitas que tenían escritas algunas de las promesas que Dios había hecho en la Biblia. ¡Me dijo que si me las aprendía me regalaría un lapicero!

—¿Las aprendiste? —inquirí con curiosidad.

—¡Claro que sí! ¡Sólo los funcionarios del gobierno y los directores de escuelas tenían lapiceros! Pero cuando mostré el lapicero en el colegio, el profesor se dio cuenta de que había entablado conversación con un *toubab*, lo cual estaba absolutamente prohibido. Me dio una paliza tremenda.

Al parecer, cuando sus padres descubrieron que tenía partes de un libro tan despreciable que profanaba su casa, lo echaron y prohibieron que nadie lo recibiera en su casa. Tampoco lo querían en el colegio. Es que algo había ocurrido: Nouh había llegado al convencimiento de que lo que decía la Biblia era verdad.

La madre de Nouh estaba desesperada. Su reputación y la de su familia estaban en riesgo. Por intermedio de un brujo consiguió veneno y se lo echó a la comida de Nouh en una fiesta familiar. Nouh comió y el veneno no le hizo nada. Su hermano, sin saberlo, probó un pedazo de la carne mortal y enfermó gravemente, quedando parcialmente paralítico. Al ver la poderosa intervención divina, tanto su familia como la gente del pueblo tuvieron miedo de atentar nuevamente contra su vida, pero lo condenaron a ser un paria.

Al cabo de estar sentado unos momentos, le pregunté a Nouh lo mismo que unas horas antes había querido preguntarle a mi padre:

—¿Qué hace que tu fe sea tan importante para ti, como para estar dispuesto a renunciar a todo, incluso hasta dar la vida por ella?

—Yo sé que Dios me ama y que viviré con Él para siempre. ¡Lo sé! Ahora tengo paz, mientras que antes solía estar lleno de temor e incertidumbre. ¿Quién no daría todo por esta paz y seguridad?

—No creo que haya sido nada fácil para ti, siendo adolescente, asumir una postura que

al final te valió el desprecio de toda la comunidad —le dije— ¿De dónde sacaste tanto coraje?

—El señor Marshall no podía recibirme sin que mi vida corriera peligro. De manera que me dio algunos libros acerca de otros cristianos que habían sufrido por su fe. Mi favorito era uno que hablaba de cinco jóvenes que voluntariamente arriesgaron su vida para llevar las Buenas Nuevas de Dios a indios primitivos de las junglas sudamericanas.

Sus ojos se abrían de la emoción.

—Toda mi vida he vivido en el desierto. ¡Qué miedo debe de dar la selva! El libro decía que estos hombres se habían dejado matar, ¡pese a que portaban armas y bien pudieron haber matado a sus agresores!

El misionero dijo entonces:

—Recuerdo esa historia. Es más, uno de aquellos hombres se apellidaba igual que usted.

—Sí —dije en voz baja— el piloto era mi padre.

—¿Su padre? —exclamó Nouh— entonces, ¡la historia es verídica!

—Sí —respondí— es verídica.

El misionero, Nouh y yo charlamos toda

la tarde. Aquella noche, cuando me acompañaron a la pista de aterrizaje, nos enteramos de que al fin y al cabo los doctores habían decidido no viajar y por lo tanto había lugar para mí en la avioneta de la UNICEF.

Al abrazarnos Nouh y yo, parecía increíble que Dios nos amara tanto a los dos como para hacer que nos encontráramos *en lo último de la tierra*. Nadie más podría habernos dado los regalos que ambos teníamos para entregarnos. Yo le aseguré que la historia que le había brindado tanto coraje era verdadera. Él me aseguró que Dios había permitido la muerte de mi padre para bien. Papá, al morir, había ayudado a Nouh a encontrar una fe por la que valía la pena morir. Y Nouh a su vez había logrado que volviera a nacer en mí una fe como la de mi padre.

por Stephen Saint

UN ARCO IRIS DETRÁS DE CADA LÁGRIMA

Hola, me llamo Silvana. Hace muchos años mi país fue invadido por soldados extranjeros y parece que piensan quedarse para siempre. Todo el mundo les tiene miedo y el que les opone resistencia se juega la vida.

Un día, cuando tenía diez años, un grupo de soldados pasó cerca de la casa y uno de ellos cuando vio a mi madre, que era muy hermosa, se acercó y trató de tocarla, besarla y no sé qué más. Mi madre se quedó petrificada de horror y sólo soltó un grito desesperado. Mi padre, que estaba detrás de nuestra casa, haciendo trabajos de carpintería, ya que ése era su oficio, vino corriendo como una flecha y sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre el soldado tirándolo al suelo. Los otros soldados que habían estado esperando un desenlace diferente, se vieron sorprendidos por el ataque de mi padre, pero luego reaccionaron con furor golpeándolo brutalmente y dejándolo casi muerto en el patio. Nunca se recuperó de las heridas y pocos meses después murió.

La vida se tornó difícil entonces para nosotras. Por muchos meses más mi madre como también yo, solíamos revivir como pesadillas los acontecimientos de ese día gris. Encima de eso, el hambre nos visitaba con frecuencia. Mi madre empezó a trabajar de lavandera, a veces remendaba ropa, pero no era nada constante y hubo muchos días que sólo comíamos una comida al día. Cuando fui creciendo empecé a trabajar también y la situación se puso más soportable.

Con los años mi cuerpo se fue transformando; me convertí en toda una señorita. A pesar de mi corta edad y poca experiencia de vida, notaba que mi belleza hipnotizaba a los hombres. Ya antes de que falleciera mi padre, se había acordado mi matrimonio con Marcos, un lejano primo que vivía en la ciudad de Jope cerca del mar a unos 60 kilómetros de distancia. Lo había conocido fugazmente en mi infancia, pero desde entonces ya no lo había vuelto a ver. Me llevaba siete años. Si yo tenía quince, calculaba, él debía de tener veintidos.

Albergaba sentimientos encontrados dentro de mí. ¿Cómo será mi prometido? ¿Me caerá simpático y podré aprender a amarlo?

Hubo momentos en que quería escaparme de la casa, pero luego recapacité, decidida a confiar en el buen juicio de mis padres.

Él era un hombre alto, fornido, herrero de profesión, ¡qué fuerte era! Me quedé encantada y la primera vez que me tomó en sus brazos eché un grito de alegría al cielo. Lo nuestro prometía ser un matrimonio feliz. Una vez concluida la boda mi esposo vino a vivir a mi casa. Fue bueno tener otra vez un hombre en casa. Enseguida se puso a arreglar todo lo que necesitaba reparación. ¡Qué hábil era!

Pasaron los meses y ya llevábamos dos años de casados y aún no habíamos tenido hijos. Era mi más profundo anhelo darle muchos niños a mi esposo Marcos, pero cada vez me ponía más triste, ya que parecía que yo era estéril. Él también se ponía impaciente. De vez en cuando soltaba unos comentarios muy hirientes, aunque posiblemente no era ésa su intención.

La situación empeoró gravemente después de la visita de unos parientes suyos. No sé exactamente qué le dijeron, pero el desprecio que mostraban hacia mí sus parientes era escalofriante.

Desde entonces Marcos se mostró indiferente conmigo. Yo sospechaba que estaba considerando abandonarme. Dejó de trabajar como herrero y se puso a trabajar con un amigo suyo como comerciante. Viajaba mucho y casi no paraba en casa. Con todo, no dejó nunca de proveer para mí y mi madre. Trajo a su hermano menor, Jonatán, a nuestra casa, para que no nos quedáramos sin hombre en su ausencia y también para vigilarme a mí un poco. No se me permitía salir sola de la casa.

Los días se volvieron tristes y largos. Pensaba mucho en mi miseria, demasiado, a tal punto que la depresión se apoderó de mí. Buscaba una salida a mi extrema soledad.

Había un señor de mediana edad en el mercado que siempre se mostraba muy amable con mi madre y conmigo. Y aunque yo nunca había hablado con él, supe instintivamente que él sentía atracción por mí. Su mujer era alta y obesa, bastante tosca y gruñona. Yo presentía que aquel hombre no era muy feliz y me daba pena. Se prendió una chispa en mi corazón, unos sentimientos cálidos que nunca antes había sentido con tanta fuerza. Traté de controlarlos, porque

sabía que al ceder a mis impulsos me exponía a perder la vida. Por un tiempo decidí no acompañar a mi madre al mercado. Me inventaba cualquier excusa, como alegando que me había doblado el pie o que me dolía la cabeza.

Ya tenía veinte años, cinco de ellos casada. Lloraba mucho cuando estaba sola y cuando no lloraba sufría en silencio. No tenía con quién hablar. Mi madre no me hubiese entendido.

Un día cuando Marcos estuvo en casa, por accidente dejé caer una vasija que tenía valor sentimental para él, porque era de su madre, y el preciado objeto se rompió en mil pedazos. Él estaba furioso y descargó todas sus frustraciones sobre mí en un arranque de insultos:

—¡No sirves para nada! ¡Dios te ha maldecido, por eso eres estéril! —y cosas por el estilo.

Y yo tampoco me quedé callada. Se me había enseñado que jamás se le debe faltar el respeto al hombre y hasta entonces siempre había podido guardar mi compostura, pero ya no pude más y le lancé unas cuantas verdades en tono desafiante y hasta sugerí la posibilidad

que la estéril no era yo, sino que el problema estaba en él. ¡Ay! ¿Para qué le dije eso? Como un relámpago me alcanzó su mano. Mi cabeza daba vueltas y me caí al suelo sangrando por la boca y la nariz. Marcos salió de la casa tirando la puerta y me madre atendió mis heridas. Tuve la impresión que mi marido estaba decidido a no volver nunca más. Estando así en la cama me propuse que una vez que estuviera bien, iba a salir otra vez con mi madre al mercado. Estaba desesperada por una sonrisa aunque fuera a escondidas.

Así fue que acompañaba de nuevo a mi madre para hacer las compras y siempre me las arreglaba para intercambiar unas miradas profundas, sin que ni mi madre ni la esposa del otro se dieran cuenta. Mi corazón siempre latía más rápido en esos encuentros. De esa manera llevaba mi idilio secreto y todo hubiera seguido así, si no hubiese sido por aquel día, cuando de pronto alrededor del medio día mi madre cayó enferma con fiebre, nada grave aparentemente, pero lo suficiente para que guardara cama. Mi cuñado Jonatán había ido a ayudar a un amigo en la construcción de su casa y no iba a volver hasta la noche. Y como

faltaban unas pocas cosas para la cena, me ofrecí a buscarlas en el mercado.

Hice el recorrido rápidamente y de regreso me acerqué cautelosamente a la tienda de mi amigo. La calle estaba desierta, me percaté que nadie estaba mirando. Estaba solo; luego me enteré que su mujer se había ido al campo con sus hijos a visitar unos familiares. Una lágrima rodó por mi mejilla de tanta emoción. Me hizo pasar a la trastienda. No hablamos mucho, sólo nos dejamos llevar por nuestras pasiones, desenfrenadamente, aunque en mi mente sabía que estaba arriesgando mi vida.

Mientras tanto, una vecina que me había visto entrar desde su ventana, rápidamente fue a mi casa preguntando por Jonatán, sin decirle nada a mi madre. Luego se dirigió al lugar donde estaba laborando mi cuñado. De inmediato éste se encargó de reunir un grupo de hombres fuertes y juntos iban rumbo a la tienda para hacer justicia. En el camino se les juntó más gente, entre ellos un señor del templo, que estaba haciendo alguna diligencia en la zona.

Nos sorprendieron así y la turba enfurecida me sacó de la casa a rastras,

mientras cuatro hombres se aseguraron que mi amigo no intentara auxiliarme. Yo sabía lo que me esperaba: las leyes mandaban que sea apedreada, una muerte lenta y cruel, por haber engañado a mi marido con otro hombre.

Me estaban llevando fuera de la ciudad para llevar a cabo su propósito. Durante todo el trayecto me jalaban el pelo, me empujaban, me pateaban, me insultaban. Se comportaban como si cada uno de ellos hubiera sido el ofendido. Ni mi propio marido podría haber sido tan cruel en su venganza; querían verme sufrir. Por primera vez en mi vida se me ocurrió orar.

Mi familia no era muy religiosa, aunque siempre participaban en las ceremonias y festividades, pero no brotaba devoción de su corazón. Nunca me habían gustado esos señores del templo. Muchos eran tipos duros y demasiado serios con un aire de importancia y superioridad que no me inspiraba mucha confianza. No me atraía su religiosidad. Si así era Dios no quería saber nada de Él. Pero en aquel momento oscuro, me olvidé de mis prejuicios contra lo divino y pensé: *Dios mío, si hay un Dios, líbrame de este infierno.*

De pronto se detuvo la gente. El sacerdote hablaba en voz baja a los cabecillas de la turba. Enseguida tomaron otro rumbo y llegaron hasta el templo.

Se detuvieron cerca de un hombre de unos treinta años que hablaba a un grupo de personas que se habían sentado a su alrededor. El sacerdote se acercó al extraño llevándome bruscamente por el brazo. *Maestro —le dijo— esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo del adulterio. Y en la ley nos mandó Moisés apedrear a tales mujeres. Tú, pues, ¿qué dices?*

Emanaba un poder del Maestro, aunque aún no había pronunciado una palabra. Si aquella ocasión hubiese sido la única vez que hubiera visto a aquel hombre extraordinario, no hubiera podido describir su rostro, porque aún estaba traumatizada por todo lo que había ocurrido. Lo que sí recuerdo es que el grupo de hombres a su alrededor, que para entonces se había retirado unos pasos, eran como mansas palomas, como ovejas al cuidado amoroso de su pastor.

Todos, tanto mis acusadores como también los feligreses, esperaban una respuesta; hubo un silencio sepulcral. ¿Quién

será este extraño y qué dirá? Debía de ser una persona religiosa de calibre, con cierta autoridad. ¿Acaso me podría salvar de una muerte segura? Pero no, las leyes eran claras y mis adversarios eran más duros que las piedras.

No pude menos que notar que el sacerdote no tenía buenas vibraciones hacia el Maestro y a la vez le tenía un gran respeto, así como se respeta a un enemigo poderoso. El tono de voz del sacerdote era como si le estuviera desafiando o tratando de arrinconar a este hombre o atraparlo con sus propias palabras.

Pero el Maestro, al parecer, no tenía intenciones de contestarle, sólo se puso a dibujar líneas en el suelo polvoriento. Así que la gente volvió a insistir para que dé su veredicto. Levantándose lentamente pronunció entonces las palabras, que con seguridad resonarán en los corazones de los hombres por los siglos: *El que de vosotros esté sin pecado que tire la primera piedra contra ella.* E inclinándose de nuevo al suelo, siguió escribiendo en el polvo.

Pasó algo extraño allí: de un momento a otro el Maestro tomó control de la situación

y con unas pocas palabras y su autoridad divina desarmó a la turba enfurecida y lista para ejecutarme. De pronto ya no se sentía esa ola de odio, sino más bien eran ondas de remordimiento que llenaban el ambiente.

Y así uno tras otro iba soltando sus piedras puntiagudas en el más piadoso silencio y se retiraban sumergidos en una profunda reflexión. Hasta el endurecido y antagonista sacerdote viéndose arrasado por la manifestación de tal poder dejó caer con devoción obediente la piedra que tanto había querido manchar con mi sangre.

Cuando todos se habían retirado el Maestro me hizo señas para que me acercara.

*¿Dónde están los que te acusaban?
¿Ninguno te condenó?*

Aún aturdida y medio soñolienta logré contestarle entre murmullos: *Ninguno, Señor.*

Ni yo te condeno; vete y no peques más.

No apuntó un dedo acusador contra mí, sólo puso un espejo invisible delante de mí. En un abrir y cerrar de ojos pude ver cómo era yo, lo descarriada que estaba, mis actitudes negativas, mis pensamientos descontrolados. Entendí que era sucia por dentro y que Jesús me había limpiado, no

porque lo mereciera sino por un acto de misericordia. *Te amo a pesar de todo*, parecía decirle a mi corazón, mientras me alejaba lentamente, muda de asombro, tambaleando por la calle.

Envuelta en una manta de dicha celestial, meditando y asimilando los acontecimientos del día, caminé lentamente en dirección a mi casa. La pesadilla había terminado; había sido arrancada del fuego mismo por las manos de Dios. Ahora sabía, que sí hay un Dios. Una paz increíble me invadió; avanzaba despacio, pero a la vez casi volando, no sentía el suelo debajo de mis pies. Las pocas personas que había en la calle me hicieron paso como si yo fuera alguna dignidad de rango, y eso a pesar de que caminaba con la cabeza ligeramente agachada por lo avergonzada que me sentía del gran amor que Jesús me había mostrado. Aún no estaba segura si todo eso era real o si estaba soñando.

Vi a una anciana sentada en un banquito frente a su casa. *Voy a tocarla, para ver si realmente estoy despierta*, me decía a mí misma. Me acerqué a ella con una sonrisa con la intención de tocarla, cuando dentro de

mí escuché una voz: *¡Dale un abrazo!* e instintivamente abracé a aquella anciana desconocida. Se le cayeron unas lágrimas de lo conmovida que estaba y mis ojos también se humedecieron. Nos despedimos con un sentido roce de manos. Retrocedí acariciando sus cabellos blancos y sus manos arrugadas y proseguí mi camino.

Más allá en la esquina de una casa me esperaba mi cuñado. Hace sólo unas horas había sido un chiquillo de dieciseis años, pero ahora era todo un hombre. Nos abrazamos y lloramos desconsoladamente expresando así lo que palabras jamás hubieran podido expresar.

No sé cuánto tiempo estuvimos así; ha debido de ser un buen rato. ¡Qué linda manera de pedirnos perdón el uno al otro! Nos sentamos al borde de un pozo y hablamos como nunca habíamos hablado con nadie.

Una señora que había sacado agua del pozo nos ofreció a cada uno una fuente con agua, las cuales aceptamos con gratitud. Estábamos a punto de tomarla cuando la bondadosa señora nos dijo *no*, haciendo señas con sus manos y la cabeza, y luego hizo los movimientos como si se estuviera

lavando la cara. ¡Eso era! Quería que nos laváramos las caras que seguramente tenían un aspecto de mezcla de polvo y lágrimas. Nos echamos a reír. ¡Qué lindo poder reírse! Luego nos lavamos la cara y la señora *muda* volvió a llenar las fuentes para aplacar nuestra sed.

Al llegar a casa, mi madre ya se había enterado de toda la historia. Y aunque yo había traído gran deshonra a mi casa, mi madre no me reprochó. Aprendimos a comunicarnos mejor y se volvió mi mejor amiga.

Con frecuencia íbamos los tres, mi madre, mi cuñado y yo, a escuchar a Jesús. En una de esas salidas nos encontramos nuevamente con la señora del pozo. Me sorprendió cuando me dirigió la palabra, ya que yo había concluido que era muda. Me dijo que no se había atrevido a hablar aquel día, porque tenía la impresión que estaba pisando suelo sagrado y que algo fuera de lo común estaba pasando y no quería interrumpir nuestra experiencia espiritual con sus torpes palabras. La invitamos para que nos acompañara a escuchar a Jesús.

Absorbimos cada palabra y empezamos

a ver la vida con ojos diferentes. *Yo soy el pan de vida —decía—. El que viene a mí no le echo fuera... Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida... Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, no morirá eternamente... Bienaventurado los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad...*

No tenía ninguna duda al respecto: Jesús era el tan esperado Mesías del que hablaban las Sagradas Escrituras. Pero no todos pensaban así. Más bien, muchas de las autoridades religiosas le tenían tanta envidia que estaban obsesionadas con encontrarle faltas por doquier. Me contaron que una vez, en un día sábado, Jesús había sanado a un hombre que tenía la mano derecha paralizada, y que por aquel acto de bondad y misericordia los escribas y fariseos del templo lo criticaban duramente, alegando que había sanado a un enfermo en el día de reposo, día en que era estrictamente prohibido trabajar. *Duros de corazón —decía Jesús de ellos— guías ciegos, hipócritas, que os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de iniquidad; ¡serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del*

infierno? Jesús siempre se mostraba comprensivo hasta con el pecador más descarriado, pero para los escribas y los fariseos no tenía sino serias advertencias. Esta gente se creía tan buena, que no se daba cuenta de su estado lamentable.

Resolvieron entonces sus enemigos que tenían que deshacerse de Jesús cuanto antes. Encontraron un valioso ayudante en uno de los discípulos más cercanos a Jesús, un tal Judas, quien accedió a revelar el paradero secreto de Jesús, ganándose así 30 monedas de plata, que al final no le sirvieron de nada, porque terminó suicidándose inmediatamente después de haber perpetrado su horrible acto de traición. Tal vez se le abrieron los ojos a Judas y fue por el terrible sentimiento de culpa y remordimiento que no soportó vivir un día más.

Lo que pasó luego con Jesús es la historia más triste y bella a la vez, y cada vez que la relato se me parte el corazón de dolor, de angustia, de vergüenza, de asombro y de gratitud. De dolor y angustia, porque sufrió mucho: lo llevaron primero ante el sumo sacerdote Caifás, que se encontraba reunido con las principales autoridades religiosas; lo

encontraron culpable a Jesús de blasfemia, por haber sostenido que era el Hijo del Dios vivo. Lo trataron como a un criminal, escupiéndole, dándole puñetazos y bofetadas. Luego lo llevaron ante Pilato, el gobernador romano. Los soldados romanos mientras tanto le hicieron una corona de espinas y entre burlas y comentarios soeces se la incrustaron en la cabeza, bañándole así en su propia sangre. Y aunque Pilato no pudo encontrar culpa alguna en Jesús, cedió a la presión de los escribas y fariseos, y lo sentenció a morir en la cruz. *Fue llevado como oveja al matadero, angustiado Él y afligido no abrió su boca. Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto, mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados.* Comprendí que Jesús había pagado en la cruz por todos mis pecados. Lo que yo debería haber sufrido, Él lo tomó sobre sí mismo. Había traído salvación a los hijos de Dios, no con armas carnales luchando contra los opresores romanos, sino venciendo a la muerte misma con este su máximo sacrificio. Fue enterrado en una tumba, bien vigilada por los guardias romanos, pero ni toda la fuerza

del imperio más grande del mundo pudo detener su gloriosa resurrección tres días después.

No tuve el privilegio de encontrarme cara a cara con Jesús después de su resurrección, porque sólo se quedó unas pocas semanas más antes de partir para sentarse a la derecha del trono de Dios. Mi madre estaba delicada de salud y tenía que atenderla, además la presencia física de Jesús no tenía tanta importancia para mí. Él vivía en mi corazón y no tenía la menor duda de ello. Estaba, está y estará siempre conmigo.

Los meses que siguieron fueron difíciles, pero también hermosos, llenos de gozo celestial. ¡De mi aventura con el amigo de la tienda me quedé embarazada! En cuanto me di cuenta, puse a mi madre y a mi cuñado al tanto. Decidimos que sería mejor que no salga a la calle en tal estado para no provocar otra vez el furor de los vecinos. Luego íbamos a considerar la posibilidad de mudarnos para evitar cualquier peligro. Sentí cierta satisfacción por el hecho que estaba esperando un niño, prueba irrefutable de que no era estéril. Estuve tentada de guardar rencor a mi esposo por haberme acusado

falsamente, pero a tiempo recordé lo que Jesús me había enseñado sobre el perdón: la amargura y el resentimiento no cabían en un corazón completamente entregado a Dios.

No supe nada de mi esposo Marcos por mucho tiempo, hasta que un día, de la lejana ciudad de Jericó, me llegaron noticias de que estaba en su lecho de muerte; había sufrido lesiones graves a raíz de una caída a un barranco en estado ebrio. Alguien lo encontró así moribundo y lo dejó al cuidado de un viejo artesano que era conocido en aquella ciudad por su espíritu generoso. Éste no reparó en esfuerzos por curarlo, sin embargo Marcos no llegó a recuperarse.

Silas, como se llamaba el bondadoso artesano, había hecho buen uso de su tiempo hablándole de la vida de Jesús y su supremo sacrificio, y las palabras de aquel anciano auxiliadas por su ejemplo de una entrega abnegada no tardaron en llevar buen fruto. Mi marido se hizo cristiano y poco a poco se iba dando cuenta de lo equivocado que había estado y de lo reprochable que había sido su conducta conmigo. A toda costa quería enmendar sus errores antes de pasar a mejor vida, por ello pidió a su patrón que le

encontrara a alguien de confianza que supiera escribir. La carta que me escribió fue de lo más bella; Jonatán me la leyó:

«**A**mada mía. Estoy en el umbral de la muerte con el cuerpo destrozado y el alma afligida, pero esperanzado. Afligido, porque he pecado contra ti y contra el Cielo; esperanzado porque encontré a mi Salvador y sé adónde voy. Desde que me fui de casa aquel día espantoso, no ha pasado un solo día que no pensara en ti, fue un torbellino de pensamientos, algunos lindos recuerdos, otros nefastas amarguras que me atormentaban y me quitaban toda paz. Cuando recordaba tu ternura quería volver enseguida y cuando me sumía en mis resentimientos resolvía no volver jamás. Hubiese así acabado mis días, de no haber sido por mi afortunado accidente, que por cierto pronunció sentencia sobre mi carne, pero trajo paz a mi alma por medio de Silas que me recibió en su casa sin esperar pago alguno.

»Te escribo estas líneas con la esperanza que puedas perdonarme. No soy digno de llamarme tu esposo, porque he pisado tu tierno corazón y te he hecho vivir el

infierno mismo. Soy más bajo que el polvo de la tierra. Tú que has sido el rocío que refrescaba mis mañanas, tú que has decorado mi vida con ternura, tú que fuiste la brisa refrescante del medio día, tú que acariciabas mi cansado pecho de noche. ¡Ah, cuánto extraño ahora tu presencia! Pero ya no podré volver, y aún si estuviese bien de salud no me atrevería, por el temor de hacerte daño otra vez.

»Te conté ya un poco del cambio tan maravilloso que experimenté en mi vida por medio de las palabras que me habló mi amigo y buen patrón. Con un gozo exuberante me relató la increíble historia de Jesús, un simple carpintero de Nazaret, que había ido por toda Judea y Galilea anunciando el Reino de Dios, sanando enfermos, levantando muertos, cambiando corazones endurecidos, echando fuera demonios y amando a la gente con un amor eterno. Luego había entregado su vida en la cruz por los pecados del mundo y tres días después venció a la muerte resucitando para vida eterna. Nunca había oído hablar a nadie con tanta convicción y sinceridad. Su fervor fue muy contagioso y absorbí cada palabra suya. Poco a poco se me iban

cayendo las escamas de los ojos y pude ver lo desolado de mi ser, lo asqueroso que era, lo vil que habían sido mis pensamientos. Derramé mi corazón ante Dios confesando mis pecados y por fin hallé paz y perdón. Me rendí ante Él con todo mi ser y dije en mi interior: *Tú eres el Alfarero, yo barro soy, haz conmigo conforme a tu voluntad. Creo en ti, creo que Jesús es el Salvador del mundo, hijo del Dios del universo. Con el poco aliento que me queda lo proclamaré a los cuatro vientos. ¡Ojalá pudieses tú también llegar a conocer Su amor.*

»Pronto dejaré este mundo atrás, llevando conmigo el dulce recuerdo de tu calor y de tu sonrisa. Dios en su misericordia ha bendecido mis negocios y pude adquirir una propiedad grande en la pequeña ciudad de Belén, donde con Su bendición podrás desarrollar un pequeño negocio, tal vez una posada. Adjunto te mando el título de propiedad para que tomes posesión de ella. Te digo adiós, agradecido por la oportunidad de poder mandarte estas líneas. No merezco tu perdón. Tu humilde siervo, Marcos».

Profundamente emocionada me quedé sentada por un buen rato. Me hubiera gustado

ir a verlo, pero por mi estado me era difícil viajar; además, ¿cómo me iba a presentar ante él estando encinta? Él aún no sabía nada de mi desliz y el hecho que tenía que sincerarme con él me tenía atribulada, por no saber cómo iba a reaccionar. No quería afligir su corazón aún más.

«Amado mío —le contesté por medio de mi cuñado— me faltan las palabras para expresar mi más profunda admiración por tus valientes palabras. Perdonar me pides y te perdono con todo mi corazón. No debes sentir nunca más el peso del remordimiento, porque lo poco que había que perdonar, ya lo perdoné y olvidé hace tiempo. Yo también conocí a nuestro mejor amigo, Jesús, en circunstancias que posiblemente te van a doler e inquietar. Confiada en tu gran amor por Dios y la verdad, me aventuro a confesarte adolorida y arrepentida, que yo también he pecado contra ti y contra el Cielo. Busqué refugio en los brazos de otro hombre, fui sorprendida y sólo por un milagro me salvé de morir apedreada. Dejaré que tu hermano Jonatán te relate los detalles de lo ocurrido, tanto lo bello como también lo triste, ya que será él quien lleve esta carta.

»Mi amado y apreciado esposo, espero que la gloria venidera que pronto ha de revelarse en ti te ayude a sobrellevar estas noticias y que puedas perdonarme. Tu sierva en el Señor, Silvana».

Jonatán partió enseguida para buscar a su hermano. Tardó dos días en llegar. Lo encontró postrado en cama, muy débil, pero lúcido, ansioso de recibir noticias mías. Jonatán le preparó el corazón adelantándole que no todo en mi carta iba a ser agradable y luego sin perder más tiempo procedió a leerla.

—Toma este pergamino y escribe —le susurró Marcos a Jonatán.

«Mi dulce Tesoro: No hay nada que perdonar, y aún si lo hubiese lo haría gustosamente. Fui yo quien te hice la vida difícil y sólo me quedó cosechar lo que había sembrado. Me alegro por ti y el bebé en tu vientre; fue Dios quien te dio lo que tanto anhelas. Me honrarías en gran manera si a la criatura por nacer lo pudieses llamar *Marcos*, o en caso que fuese mujer, *Dina* como mi madre. Por tu propia seguridad te aconsejo que se muden cuanto antes a Belén. Pediré a Jonatán que haga todo lo que pueda, para que viajes cómodamente sin poner en peligro tu salud y la del bebé.

»Posiblemente cuando recibas esta carta ya habré partido de este mundo y quedarás libre para adornar la vida de otro hombre. Tengo, sin embargo, un último deseo, que al confiártelo no debe en manera alguna tomar carácter de mandato, y es que te cases, si así Dios te guía y tu corazón lo aprueba, con mi hermano Jonatán; y eso no porque es nuestra tradición, sino porque quisiera que él tenga una mujer tan buena, pura, noble y piadosa como tú.

Tu esposo y eterno amigo, Marcos».

Pocos minutos después pasó a mejor vida rodeado por el bondadoso anciano Silas y Jonatán. Al recibir días después su carta derramé mil lágrimas por la pérdida temporal de mi marido, mezclados también con gratitud por un final tan feliz de nuestra relación que ya no parecía tener remedio. Tendré un gran amigo esperándome cuando a mí me toque la campana.

Enseguida hicimos preparativos para mudarnos a nuestra nueva casa. Cargamos nuestras pocas pertenencias y emprendimos el largo viaje; especialmente para mí fue pesado y difícil, pero lo tomamos con mucha calma y por fin llegamos, cansados y

agotados, pero felizmente bien.

Y así es que terminamos en Belén, la ciudad donde al nacer allí Jesús, se cumplió la profecía de Miqueas: *Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel.*

Nos tomó un tiempito instalarnos en nuestro nuevo hogar, que era mucho más espacioso, pero también requería más trabajo. Pronto descubrimos la sabiduría de las palabras de mi fallecido esposo en cuanto a las posibilidades de nuestra propiedad. Necesitábamos buscar una sólida fuente de ingresos y a la vez queríamos tener una buena oportunidad de compartir las Buenas Nuevas con cuantas personas se cruzaran por nuestro camino. Estábamos bien ubicados cerca de las puertas de la ciudad y muchos viajeros, mayormente comerciantes, pasaban cerca. Decidimos por lo tanto convertir nuestra casa en una posada. Fue todo un reto, pero milagrosamente se nos hizo más fácil de lo que podríamos haber imaginado.

Jonatán fue a visitar a Silas, nuestro amigo artesano en Jérico, para invitarlo a vivir y trabajar con nosotros. Le encantó la idea y dos semanas más tarde ya estaba instalado

en la posada.

Formábamos un excelente equipo: Mi madre era la cocinera y se encargaba de la limpieza de los cuartos de los huéspedes, a todos nos tocaba ayudar con la limpieza en general, Jonatán se hizo cargo de cuidar a los animales, y Silas y yo éramos la *atracción*: en las noches antes de que todos se acostaran, solíamos reunir a nuestros huéspedes en el patio, y Silas y yo tomábamos turnos contándoles historias de la vida de Jesús y de las Sagradas Escrituras y de lo que Dios había hecho en nuestras vidas. La gente se quedaba fascinada y más de una vida fue tocada y cambiada en esas noches bajo la luz tenue de las estrellas.

Mi hijo Juan Marcos nació siete semanas después de nuestra llegada cuando ya habíamos inaugurado la posada. Mi madre hizo de partera y Jonatán desde el primer día asumió el rol de padre. Hasta entonces había estado demasiado ocupada con el viaje, la mudanza, el embarazo y la posada, para pensar en un futuro esposo, pero de pronto estando de reposo después del alumbramiento con el chiquitín en mis brazos recordé las últimas palabras de mi marido y una gran paz inundó mi corazón. Sí — prometí

a Dios— *seré y haré lo que Tú quieras.*

Unos meses más tarde celebramos nuestra boda. Ya antes de casarnos habíamos aprendido a compartir nuestros corazones, a hablar sobre cosas que las personas usualmente se callan, o sea gozábamos de una amistad y un respeto mutuo que hacía de nosotros almas gemelas. Jonatán fue un excelente esposo y padre, y durante treinta largos años estuvo conmigo en las buenas y en las malas hasta que una enfermedad lo llevó a su premio celestial. Por cierto, que tuvimos nuestros desacuerdos y roces, pero nunca se puso el sol sobre nuestro enojo.

Juan Marcos creció fuerte y fue el deleite de toda la casa. Silas, el artesano, se convirtió en *el abuelito*, ¡cómo le gustaba jugar, hablar y divertirse con su nietecito! Silas además entabló una linda amistad con mi madre, de tal manera que fueron un gran apoyo el uno para el otro.

Cada dos o tres meses Jonatán y yo nos íbamos de visita a Jerusalén, no al barrio donde vivíamos antes, sino para estar con nuestros amigos cristianos. Nos reuníamos en secreto en la casa de algunos de ellos. La joven Iglesia sufría bajo los constantes ataques de los que creían que hacían un favor

a Dios al perseguirnos. Muchos de los nuestros ofrendaron su vida muriendo heroicamente. El primero fue Esteban al cual apedrearon porque la verdad de sus palabras fue más cortante que una espada de dos filos.

Unos años más tarde Jacobo, el hijo de Zebedeo y hermano del apóstol Juan, fue decapitado en Jerusalén, no sin antes convertir a su propio verdugo, quien al observar la manera tan heroica de tratar a sus enemigos y de enfrentar a la muerte, se hizo cristiano y fue ejecutado junto con Jacobo.

Otros de nuestros hermanos, para escaparse de las persecuciones, se fueron a lugares menos peligrosos sembrando la preciosa semilla de las palabras de vida en tierras lejanas.

En una de nuestras visitas a Jerusalén conocimos a Sergio, un oficial romano, que se había convertido. Por medio de él pudimos empezar un ministerio de consuelo en la prisión de Jerusalén. En esas cortas visitas a la ciudad dedicamos uno o dos días para buscar almas sedientas en la cárcel. Había allí criminales de todo tipo: ladrones, asesinos, estafadores y los zelotes, tan temidos por los romanos.

Los zelotes luchaban contra la

ocupación romana, eran idealistas, soñaban con un estado judío libre y poderoso como en los tiempos de los reyes David y Salomón. Lanzaban constantes emboscadas contra ese imperio de hierro. Ellos también tenían sus esperanzas en el gran libertador del que hablaban nuestros profetas de antaño, profecías que se habían cumplido en Jesús, pero ellos, cegados en su entendimiento, no querían aceptarlo como el Mesías prometido. Pensaban que el camino a la libertad era quitándose de encima el yugo de los romanos.

Era desconsolador ver a esos jóvenes consumiéndose en el odio hacia los romanos y eran los más difíciles de ganar para Cristo, porque se creían muy justos en su lucha armada.

Uno que llegó a ver la luz, fue Amós, hijo de un publicano. Su padre era considerado un traidor por los judíos, porque siendo judío recaudaba impuestos para el régimen opresor enriqueciéndose a la vez. Amós, cuando llegó a la adolescencia, se dio cuenta que su padre se aprovechaba de la desgracia de sus compatriotas y después de una discusión acalorada con su padre, dejó su hogar y se unió a los zelotes para luchar por la *liberación* de su pueblo. Cayó preso dos

años después y lo encontré en la cárcel pocas horas antes de su ejecución. Recibió con gozo las Buenas Nuevas, lloró amargamente y, al brotar las lágrimas, toda su ira y su odio se esfumaron y quedó libre de las cadenas que lo habían tenido esclavizado por años. Había nacido de nuevo y hasta pudo bendecir a sus verdugos con una sonrisa llena de compasión que los dejó estupefactos.

En nuestra posada en Belén cuando hablaba a los viajeros usualmente no hacía mención de mi testimonio personal, en especial evitaba la parte del adulterio, para no poner en peligro nuestra integridad física, debido al gran prejuicio que existía al respecto. Además de por sí no era nada común que una mujer se atreviese a enseñar a un hombre, aunque fuese en su propia casa. Silas sí pudo abrir muchos ojos contando la historia de la mujer adúltera, sin mencionar mi nombre por supuesto. En esas ocasiones yo solía retirarme para no delatarme con la expresión de mi rostro.

Sólo cuando estaba segura de la confianza de mis oyentes, y sobre todo en mis visitas a Jerusalén, a veces contando mi historia tan peculiar podía penetrar los corazones más endurecidos.

Nuestro mensaje con los presos era bien simple: que el perdón y el amor de Dios eran siempre más grandes que el peor crimen y que al pecador arrepentido Dios le enjugaría toda lágrima. *Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*, era la promesa infalible de Jesús. Volverse como niños era lo que les abriría las puertas del Cielo. Innumerables almas fueron rescatadas y consoladas de esa manera y el impacto que tenían nuestras incursiones en la cárcel dejaron a muchos carceleros romanos impresionados y conmovidos.

Un caso en especial puso de relieve el poder de Dios para sanar heridas. Sedequías estaba en la cárcel esperando su pronta ejecución porque había matado a su cuñado. Sedequías, al descubrir ciertos indicios que le hicieron pensar que su esposa le había sido infiel, descargó golpe tras golpe sobre ella. El hermano de ella, atraído por los gritos, irrumpió en la habitación y trató de defenderla de los puños mortales, acción heroica que le costó la vida. Los vecinos que también habían escuchado los gritos desesperados, por fin pudieron pararlo antes que acabara con su esposa. Lo encontré en su celda amargado y resentido contra ella, y si en aquel momento lo hubiesen liberado, la habría matado sin

vacilar.

Como veníamos periódicamente, ya nos habíamos hecho amigos con los guardias de la cárcel. Un guardia en especial, que se llamaba Festus, tenía un sexto sentido. Nos guiaba siempre al que más ánimo necesitaba.

Usualmente Jonatán y yo íbamos juntos y les llevábamos también algo de comer a los presos, pero ese día Festus me dijo que Sedequías era un caso especial. Llevaba dos días en la cárcel y todavía no hablaba con nadie, excepto con el preso que estaba en la celda contigua; a ese preso una hora antes lo habían llevado para ser *interrogado*, lo que significaba ser torturado. Así que la celda contigua a la de Sedequías estaba vacía y Festus, nuestro amigo soldado, sugirió que por esta vez yo debía emprender el acercamiento solo. Debía vestirme como hombre y me iba a encerrar en la celda vacía como si fuera otro preso más. Me pareció excelente idea. Me pusieron ropa apropiada, esto es, sucia y harapienta y le echamos un poco de vino para que tenga el aspecto y el olor de un borracho. Se cerró la puerta de la celda detrás de mí. Sentí el frío de las paredes húmedas. Me senté de tal forma que le di la espalda a Sedequías, para que no llegara a

distinguir los contornos femeninos de mi rostro, haciéndole a la vez creer con mi postura, que el sueño me estaba venciendo y que estaba con ganas de dormir.

—Oye borracho —me dijo— no te hagas el dormido. Aquí se viene para morir, no para dormir. Yo estoy aquí porque maté a un hombre y casi maté a mi esposa, esa maldita perra. Y tú, ¿a quién mataste en tu borrachera?

Como sabía que me era imposible imitar la voz de un hombre, decidí que ya no necesitaba el disfraz. Lo importante era conseguir que entablase una conversación conmigo y eso ya se había conseguido. Destapé mi cabeza, me di la vuelta y lo miré a los ojos:

—A mi padre lo mataron soldados romanos —empecé a decir y poco a poco le conté la historia de mi vida. Sedequías aún no había comprendido que yo no era prisionera; esperaba el momento que yo le diera los detalles de un morboso asesinato, perpetrado por mis manos. De vez en cuando me hacía preguntas sobre personas y lugares, y le respondía. Le pareció haber conocido brevemente a mi primer esposo, pero no estaba seguro. Para entonces él ya me había

tomado confianza y estaba segura que aunque confesara mi adulterio, no me iba a cerrar su corazón.

—**M**erezco estar aquí en esta celda por lo que hice, pero encontré el perdón y también aprendí a perdonar —seguí mi recuento.

Quando llegué a la parte del adulterio y la turba furiosa que me quería apedrear, se quedó helado, sólo movió su mano derecha cogiendo del suelo una piedra imaginaria. Tenía su mano semi-levantada, lista para arrojar su proyectil invisible sobre esta vil pecadora. Pero el resto de su cuerpo no se movía para nada y yo seguía con mi historia. *Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el mismo acto de adulterio; Moisés manda apedrear a tales mujeres. ¿Qué dices tú, Maestro?*

Cada vez que relataba aquellos momentos un escalofrío recorría todo mi cuerpo, reviviendo así incontables veces la mayor angustia y el mayor gozo de mi vida. Primero el dolor, como dolores de parto, intensos pero necesarios para que nazca una nueva criatura. Y luego esa paz que sobrepasa todo entendimiento, un amor divino que me envolvía y que desarmaba a mis adversarios. Y siempre me era un poco difícil

pronunciar las palabras del Maestro:

El que entre vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra contra ella, porque aunque eran hermosas palabras de vida, ¿cómo iba yo, una terrible pecadora, pronunciarlas sin dar a entender que estaba tratando de justificar o restarle gravedad a lo ocurrido?

Esta vez no tuve que pronunciarlas, porque en el preciso momento se me hizo un nudo en la garganta y me era imposible continuar. Reinaba absoluto silencio y luego escuché a Sedequías murmurando una y otra vez en voz baja: *El que entre vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra contra ella. El que entre vosotros esté sin pecado, que arroje...* Su mano derecha estaba en el suelo, su puño abierto, su cara pálida como un muerto. Tomé su mano entre las barras.

Seguí con mi historia: mis acusadores se habían retirado avergonzados, estaba yendo lentamente a mi casa, sólo que ahora parecía que en mi relato Sedequías hacía el recorrido conmigo. Visitamos a la anciana, le di el abrazo, y luego el encuentro conmovedor con Jonatán. Ya no éramos dos que llorábamos, sino tres: Sedequías estaba llorando cual niño en la celda contigua.

Le conté de las cartas que intercambié con Marcos antes que falleciera y se le iluminó el rostro a Sedequías.

—Le voy a escribir una carta a mi esposa pidiéndole perdón.

Seguí y seguí. A nuestro alrededor no había rejas para nosotros, éramos libres. Le conté como a Jesús lo crucificaron junto con dos ladrones y cómo uno de ellos, muy arrepentido de sus obras malvadas, le pidió a Jesús que se acordara de él, cuando llegara a su morada celestial.

—Yo soy como ese ladrón, peor aún —dijo Sedequías—. Oh Jesús, ten piedad de mí, si puedes concédeme aunque sea el rincón más humilde en tu reino.

No requería de ningún comentario mío. Sedequías sabía en su corazón que su oración fue escuchada y que tendría un lugar en la mesa de su Padre celestial. Luego nos pusimos a redactar la carta a su esposa. Para ello pedimos la ayuda de Jonatán que se había quedado hablando con los guardias todo ese tiempo.

Era un ambiente muy conmovedor y todos teníamos lágrimas en los ojos. También los guardias, como si algún poder invisible los hubiera atraído, se habían acercado

sigilosamente a la celda. Aquel día varios de ellos entregaron su corazón a Cristo.

Una vez terminada la carta, me comprometí con Sedequías de entregarla personalmente a su esposa, pero no antes de despedirme de él acariciando suavemente su rostro.

No falté a mi promesa. Al día siguiente nos fuimos a buscar a su esposa. Jonatán tuvo que leerle la carta, porque ella no sabía ni leer ni escribir. No se mostró muy emotiva, y agradeciéndonos la misiva nos hizo entender que nuestra visita había terminado. Por medio de mis amigos me enteré más tarde que la carta había causado un gran impacto en su vida y como resultado también su vida se transformó.

Pocas de nuestras aventuras fueron tan espectaculares. Gran parte de nuestra vida era atender a quehaceres diarios, pero muchos de nuestros huéspedes se fueron con una semilla en su corazón. Algunos volvían con cierta regularidad y a otros sólo los vimos una sola vez. Muchos de los que solían volver eran nuevas criaturas en Cristo. Nuestra posada se volvió su segundo hogar. Éramos una familia cada vez más grande.

Lo curioso fue que los enemigos de la

Luz nunca llegaron a molestarnos en nuestra posada, aunque se nos conocía como fervientes seguidores de Jesús. Parecía como si hubiera un cerco de ángeles alrededor de nuestra propiedad. Antes de empezar con nuestra obra en la posada había llegado palabra profética a mi corazón: *Andarás como oveja en medio de lobos, sé prudente como una serpiente y mansa como una paloma, y nadie podrá tocarte.*

Para Silas y para mí era fácil hablar de la bondad de nuestro Señor, mientras que para Jonatán y para mi madre les era más difícil, porque por naturaleza eran más retraídos y callados. Y aunque a veces investidos por el poder del Espíritu Santo fueron como antorchas en las tinieblas, usualmente su labor era apoyarnos con oración y discernimiento. Fueron ellos que en muchas ocasiones por medio de sus valiosos consejos se aseguraron que nos portáramos como mansas palomas y fuéramos astutos como las serpientes.

En una ocasión nos encontramos en el camino a Jerusalén ya muy cerca de la ciudad, cuando de pronto Jonatán dijo: *Desviémonos por este camino; no sé por qué, pero siento que eso es lo que debemos hacer.* Sabiendo

que Jonatán no solía perseguir cualquier idea disparatada, le hicimos caso confiando en que la mano de Dios lo estaba guiando. Fue lo mejor que pudimos hacer, porque de esa manera conocimos a otros viajeros que habían tenido que interrumpir su viaje porque uno de ellos se había enfermado gravemente con una fiebre misteriosa. Algo como la fuerza de un relámpago recorrió entonces el cuerpo de mi madre, se acercó al enfermo y le impuso las manos y ordenó a la fiebre que se fuera en el nombre de Jesús. En el mismo instante el enfermo se curó y se levantó alabando a Dios. Mi madre fue la más sorprendida de todos, no porque se había producido un milagro de curación, sino por la forma tan inesperada como Dios la había usado. Ella no era consciente de lo que estaba pasando hasta después que el enfermo se había levantado.

Más tarde además nos enteramos que una peligrosa banda de ladrones había pasado por el camino que normalmente hubiésemos tomado, justo en el momento que nosotros nos habíamos desviado.

Pasaron los años. Juan Marcos creció hasta llegar a ser un joven maduro, trabajador y temeroso de Dios. Fue el orgullo de *su* padre y la alegría de su madre. Jonatán le había

enseñado a leer y a escribir, yo también aprendí un poco. Era una de las pocas mujeres que tenía un poco de educación. Luego estos conocimientos llegaron a serme muy útiles.

Juan Marcos era muy emprendedor y tenía muchas ganas de conocer otros lugares y otros pueblos. Después de varios años de paciente espera, unos amigos cristianos lo invitaron para que fuera con ellos primero a Asia, a la ciudad de Filadelfia y luego a Tesalónica en la lejana Macedonia.

La despedida fue larga y difícil. Tuve que contener mis lágrimas para no ensombrecer las grandes ilusiones que mi hijo tenía de su nueva vida de portador de la palabra de Dios entre pueblos paganos. Una vez que se había ido lloré hasta que se me agotaron las lágrimas. ¿No son el tesoro más querido de una madre sus hijos? Yo, que tenía un solo hijo, ¿por qué tenía que renunciar a tan gran tesoro? Afligida y atribulada estaba en gran manera pensando que posiblemente no volvería a verlo nunca más en esta vida. Siguieron días tristes y andaba apesadumbrada, no quería que nadie se me acercara. Luego recordé mis días de aflicción cuando las cosas no iban bien con mi primer

esposo. Eran los mismos síntomas de desolación. Caí en la cuenta que iba por mal camino, resolví dejar de quejarme ante Dios por la pérdida de mi tesoro, lo puse en el altar como siglos antes nuestro patriarca Abraham estuvo dispuesto a entregar a su hijo Isaac. Los dolores agudos cesaron, volví a tener paz y recuperé mi confianza en el Dios que me ama, aunque a veces sus caminos son un poco escarpados. *Angosto es el camino que lleva a la vida —nos había enseñado Jesús— y pocos son los que lo hallan. El que quiera salvar su vida, la perderá, y todo el que pierda su vida por causa de Mí, éste la salvará. El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí, y el que ama a hijo o hija más que a Mí no es digno de Mí.* Así aprendí otra lección en mi camino a la ciudad celestial, la ciudad eterna de Dios.

El negocio de la posada nos daba un buen sustento, a tal punto que decidimos contratar a una pareja joven, también cristianos, para que nos ayudaran. Mi madre y Silas ya no podían trabajar como antes. Y así transcurrieron los años. De vez en cuando me llegaban noticias de mi hijo. Estaba contento y muy emocionado, había grandes avances en la obra, había peligros que sortear

y duras pruebas que sobrellevar. A pesar de todo seguía adelante firme sin vacilar. Mi hijo ya era todo un hombre.

Unos años más tarde, ambos, mi madre y el abuelito Silas, fueron llamados a su morada celestial. Primero partió mi madre; una mañana debido a un descuido se resbaló en el patio. Estaba muy adolorida, se tuvo que quedar en cama y cada día iban disminuyendo sus fuerzas. Un mes después llamó a todos a su lado. *He corrido la carrera* —nos dijo con una sonrisa gloriosa en su rostro— *me está guardada la corona de justicia*. Y tomando mi mano me susurró: *Durante todos esos años no he parado de dar gracias a Dios por aquel día cuando saliste sola de la casa. Lo que pareció ser el fin, Dios lo transformó en un nuevo comienzo para muchos. Te amo, hijita*. Mirando una vez más a Silas, como si le estuviera diciendo *ven pronto*, suspiró y cerró sus ojos.

No muchos días después, el abuelito habiendo terminado el trabajo del día se despidió como siempre para ir a dormir, sólo que esta vez dijo: *Estoy muy cansado. Me voy a dormir*. Pero no le dimos mayor importancia. Al intercambiar los habituales abrazos antes

de acostarnos tardamos mucho más de lo normal, porque aquella noche él se mostró especialmente emotivo. A la mañana siguiente no despertó; había pasado apaciblemente a mejor vida. Recién entonces sus palabras y abrazos de la noche anterior cargados de emoción cobraron sentido.

Pasaron muchos años, cosas hermosas, vidas cambiadas, nuevos ayudantes, más viajes a Jerusalén y otras ciudades de Judea. La vista de Jonatán disminuía paulatinamente. De no ocurrir un milagro lo más probable sería que se quedara ciego. De ser así, no íbamos a poder viajar mucho. Planeamos entonces, como un premio especial, un viaje a Samaria. No muchos judíos iban allá, debido a que despreciaban en gran manera a los samaritanos. Pasar por su territorio era contaminarse. No así para Jesús: Él asombró a sus discípulos en un viaje de Judea a Galilea pasando derechito por Samaria, cuando la ruta normal, aunque mucho más larga, para un judío hubiera sido dando una vuelta enorme cruzando el río Jordán.

Allí en Samaria junto al pozo de Jacob, treinta años atrás Jesús conoció a una bella

samaritana y entabló conversación con ella, dejando atónitos a sus discípulos, porque ningún judío se hubiese rebajado para hablar en forma amistosa con una mujer samaritana. Jesús lo veía todo con otros ojos, con ojos de amor y aprecio. Aquella samaritana experimentó un gran cambio en su vida y a raíz de ello muchos más en aquel pueblo de Samaria encontraron el camino, la verdad y la vida.

Siempre había querido conocer a esa mujer samaritana, sólo que hasta entonces no había sido posible. Pero ahora que nuestros ayudantes sabían manejar el negocio sin nuestra supervisión, nos pudimos permitir ausentarnos por más tiempo. No nos fue difícil encontrarla. Era bien conocida en la ciudad de Sicar, porque antes de su conversión había sido el escándalo del pueblo y después la seguidora más entusiasta de Jesús. Ya era anciana, con su pelo largo totalmente blanco, la piel arrugada, pero aún conservaba la belleza de sus ojos. Ella no me conocía, ni yo a ella, pero nos dimos un abrazo como si nos hubiéramos conocido toda una vida. Le conté mi historia y la hizo llorar. Luego me contó la suya:

«Un día fui a sacar agua del pozo; había un hombre desconocido sentado en la sombra; me miró y me pidió agua; por el acento supe que era judío; me pareció extraño su comportamiento, pero como era simpático me puse a hablar con Él. Yo que solía controlar a cuanto hombre le echaba mi red de encantos, Jesús sin rechazarme ni rebajarme me puso en mi lugar. Me convertí en una mansa paloma comiendo palabras de vida de su mano. Me dijo lo que había sido y lo que había hecho, sabía de mi historial con los hombres; en los ojos de cualquier persona religiosa yo era una vergüenza, pero no así para Jesús.

»Aproveché para preguntarle lo que había sido materia de discusión por siglos, eso es, que los samaritanos siempre hemos sostenido que hay que adorar a Dios en el monte Gerizim, mientras que los judíos insisten que el templo en Jerusalén es donde se debe adorar. Ahora por fin iba a saber quién tenía razón y quién estaba equivocado. Su respuesta fue de lo más original; me dijo algo como: *Si deben adorar en este monte o en el templo de Jerusalén no tiene importancia alguna; lo que vale es la sinceridad del corazón. Puedes y debes adorar a Dios estés*

donde estés, con tal que sea en espíritu y en verdad. ¡Qué doctrina más liberadora! Sus palabras fueron tan impactantes que cuando me dijo que Él era el tan esperado Mesías, se lo creí desde el primer momento con todo mi corazón. Emocionada fui a la ciudad para decírselo a todo el mundo; lo invitaron a Jesús para que se quedara unos días en nuestra ciudad y la vida de muchos en Sicar desde entonces ha tomado rumbos nobles. Gracias por venir a visitarme», concluyó su relato.

Nos quedamos más tiempo de lo planeado en Samaria, porque Jonatán se sintió cansado y su cuerpo estaba adolorido. Guardó cama por un par de semanas. Un día al despertar me dijo:

Mí Tesoro, creo que el día de mi partida está cerca. He vivido una vida plena al lado de un ángel. Mis días han sido días de Cielo y sólo me queda un deseo por cumplirse: me gustaría, si te parece bien, volver a visitar una vez más mi pueblo natal. Recorrer las calles donde jugaba de niño, disfrutar de la brisa del mar, recordar las travesuras y las alegrías de mi juventud. Y sobre todo volver a ver a mis dos hermanas menores.

Pronto nos marchamos camino a Jope.

Jonatán estaba emocionado como un niño pequeño. Mi gozo fue verlo tan feliz a pesar de su salud deteriorada. Llegamos después de cuatro días de viaje a la casa de su hermana Marta. Nos recibió con tanta alegría que olvidamos enseguida las penurias del viaje. Su esposo era pescador como muchos hombres de la ciudad. Tenían sólo dos hijos ya casi adultos. Nuestra reputación, de que éramos de la secta de los Nazarenos, como solían llamarnos, ya nos había precedido. Marta vio con cierto agrado el cambio en la vida de su hermano y se maravilló ante la profundidad de sus palabras y el calor de su interés por su familia. Su hermana y su familia no tardaron mucho en reconocer a Jesús como el Mesías.

Pero su otra hermana Mical endureció su corazón contra Jonatán y su nueva fe y no lo dejó entrar en su casa, ni hablar con su esposo ni con sus hijos. Fue un golpe muy duro para él, porque cuando ella era pequeña, lo había tenido en gran estima y Jonatán era su valiente defensor.

Acercándose el día de nuestro regreso a Belén alistamos nuestro equipaje y tuvimos una cena especial de despedida seguida por muchas palabras de gratitud y aprecio. A la

mañana siguiente emprenderíamos nuestro último viaje.

En la madrugada, estando aún dormida, un ángel se me apareció en un sueño que, por su intensidad y realismo, me hizo saltar de la cama.

—No volverás a Jerusalén ni a Belén — me dijo—. Guerra, hambre y destrucción esperan a un pueblo rebelde. Tú y tu marido seguirán hacia el norte, más allá del Líbano, hasta la ciudad de Derbe en Asia. Y no se preocupen por los hermanos en Belén y Jerusalén, Dios cuidará de los suyos.

—Pero somos muy viejos para un viaje tan largo, además Jonatán está muy cansado —protesté con mucho respeto.

—Tendrán las fuerzas necesarias para terminar el recorrido de sus vidas y además, no viajarán solos.

Desperté a Jonatán y le conté lo ocurrido. Me miró asombrado y luego me tomó en sus brazos profundamente emocionado diciendo:

—Ya no tenemos patria, sino la celestial; ya no tenemos casa, sino la morada que Él nos tiene preparada; ya no tenemos hijo, sino el que está lejos; ya no tenemos ropa, sino la que tenemos puesta; pero aún así somos más

ricos que el emperador y todas las riquezas del imperio. Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se regocija en mi Salvador. Somos peregrinos y extranjeros sobre la tierra. Vámonos, el destino nos llama.

No quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada, había profetizado Jesús treinta y seis años atrás, refiriéndose al templo de Jerusalén. La rebelión contra la ocupación romana cada vez ganaba más adeptos y se deslumbraba un enfrentamiento a gran escala entre el pequeño David, o sea los judíos, y el gran Goliat, el Imperio Romano que reinaba con mano de hierro. Pero esta vez *David* no iba a ganar, porque Dios no estaba con él. El pueblo de Israel se había apartado de Dios, hasta habían entregado miles de siervos de Dios y al mismo Cordero de Dios a la muerte. *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta.* Y ahora cegados por sus propias ideas se preparaban para luchar contra un enemigo demasiado potente, desencadenando así una destrucción masiva nunca antes vista.

Marta y su marido no se mostraron nada sorprendidos ante el cambio abrupto de nuestros planes.

—¿Podemos ir con ustedes? — preguntaron humildemente—. Nosotros también anhelamos una patria celestial, cuyo arquitecto y constructor es Dios. No pudimos dormir en toda la noche. Sabíamos que nuestra vida no podía seguir como siempre; sentimos el llamado de Dios en nuestro corazón y queremos ayudarles, si nos lo permiten. En pocos días podemos tener nuestras cosas listas para viajar y nuestros hijos también están emocionados con emprender algo nuevo en sus vidas.

¡Qué noticias más alentadoras! No íbamos a estar solos, me había prometido el ángel. Todo estaba bajo control, no había nada que temer. Vendieron su humilde casa a un vecino próspero y su barco pesquero lo dejaron al cuidado de un amigo pescador, que hace poco había perdido su propia embarcación en una tormenta, pudiendo milagrosamente salvar su vida, pero dejándolo sin su vital herramienta de trabajo.

Nuestro viaje al norte fue sumamente ligero, avanzamos lentamente. Jonatán ya no podía ver nada. Yo era ahora sus ojos. Nos

quedamos unos días en Cesarea donde conocimos al sobrino de Cornelio, el oficial romano que fue bautizado por Simón Pedro. La conversión de aquel centurión había transformado drásticamente la obra misionera de la joven Iglesia, ya que hasta entonces se pensaba que las Buenas Nuevas sólo eran para el pueblo de Israel; a los extranjeros se les consideraba inmundos y uno no debía acercarse a ellos. Pero en una visión Dios le había mostrado a Pedro que *no llame a ningún hombre inmundo*. Desde entonces se abrieron las puertas del Cielo de par en par para los pueblos paganos.

Luego pasamos por Tiro, Sidón y finalmente Antioquía, donde descansamos tres meses antes de proseguir el viaje. Antioquía es una ciudad muy grande, después de Roma y Alexandría la más importante del imperio, por ello también es conocida como la *Reina del Este* y *Antioquía la Bella*. Abunda aquí todo tipo de comercio, idolatría y perversión, pero también hay mucha hambre y sed de justicia. La Iglesia está creciendo día a día y Dios está obrando grandes prodigios. Nos encontramos con muchos amigos que habíamos conocido antes en Jerusalén y que lograron escapar de la persecución

despiadada que se desataba con cierta regularidad sobre los hermanos de aquella ciudad, encontrando en Antioquía no sólo refugio, sino además una cosecha abundante de almas para Cristo.

Con gusto me hubiese quedado más tiempo en Antioquía. Conocimos a personas muy lindas y entablamos amistades que durarán por toda la eternidad. Sin embargo, la razón principal por la que no estaba muy ansiosa de llegar a Derbe era, porque sabía que una vez allí, me tocaría otra vez renunciar. Sólo pensar en tener que decir adiós a mi compañero fiel, me llenaba de tristeza. Levantarme en la mañana sin poder abrazar a Jonatán, no tener esta compañía cercana durante el día para pedir ayuda, para consultar algo o simplemente para hablar un poco y luego en la noche tener que enfrentar una cama vacía. ¡Qué perspectivas más desoladoras! Pero, ¿tendría que ser así? ¡No —me dije— *no daré lugar al desaliento! Por un tiempo durará el llanto, mas cada amanecer será causa de gran gozo para mí.*

Y en efecto así fue: Después de nuestro descanso prolongado, por fin reanudamos nuestro viaje. Una breve parada en Tarso y luego llegamos a Derbe. Nos hospedamos en

la casa vacía de unos amigos del sobrino de Cornelio, el centurión romano. Enseguida establecimos contacto con los hermanos allá y desde el primer día las puertas de nuestra casa estaban abiertas para encuentros de fraternidad.

La gente venía para escuchar lo que Dios había hecho por nosotros y por medio de nosotros. Nos contaban sus problemas, les aconsejábamos, orábamos por ellos y consolábamos sus corazones con el consuelo con que nosotros habíamos sido consolados. Y sin que lo pidiéramos, nos regalaban comida, ropa y muchas cositas que nos hacían la vida más ligera. De esa manera estábamos libres para atender sus necesidades espirituales sin tener que preocuparnos por nuestro sustento diario.

Marta, su esposo y sus hijos se adaptaron perfectamente a nuestra forma de vida y participaban cada vez más en nuestro ministerio. En un futuro cercano ellos tendrían que hacerse cargo de todo.

Jonatán requería de mi atención constante, ya no caminaba, sus manos temblaban al comer, pronto ya no pudo comer solo. Su dolor era constante, pero siempre con una sonrisa en los labios. Me esmeraba

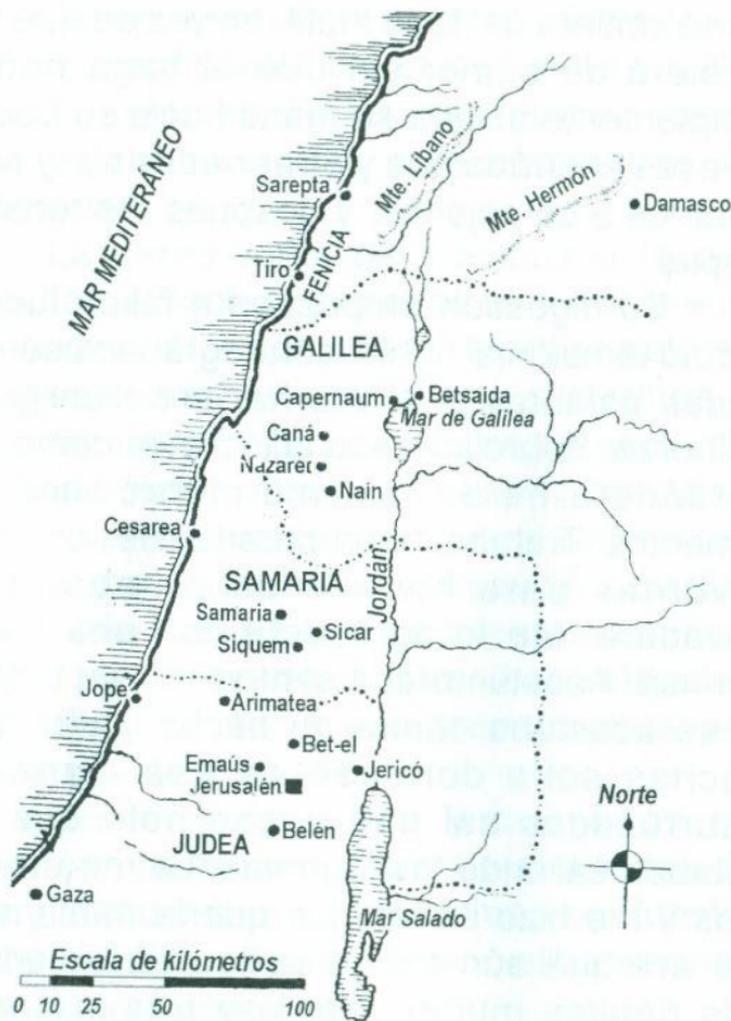
dándole de comer como a un niño. Para que no se sintiera del todo inútil, en vez de que yo le diera de comer sin que él haga nada, simplemente guiaba su mano hacia su boca; a veces acertábamos y otras veces no, y nos reíamos a carcajadas; y después me tocaba limpiar.

Su digestión empezaba a fallar, luego perdió también el habla, sólo lograba susurrar pocas palabras a la vez haciendo un gran esfuerzo. Sobrellevó sus aflicciones como un verdadero héroe, sin murmuraciones ni lamentos. Trataba de prepararle sus comidas favoritas para hacerle su prueba más llevadera. Me lo agradecía con una linda sonrisa. Acostumbraba sentarme a su lado y él se acostaba contra mi pecho y muchas noches solía dormirse de esa manera. Acurrucados así una noche noté que le estaban saliendo las lágrimas. Le miré a los ojos y me hizo señas que quería hablarme. Me acerqué aún más y pude percibir entre sus débiles murmullos: *Veo una luz muy hermosa... me tengo que ir... allá te encontraré.* Y durmió. No será fácil para mí sin su presencia, pero buscaré un arco iris detrás de cada lágrima.

E.L.

Continuará...
en el tomo #6

Mapa de Israel en tiempos de Jesús



Dato histórico:

En el año 66 A.D. el pueblo judío se enfrentó al poderoso Imperio Romano en una sublevación armada, desafío que tiene su desenlace en la destrucción de Jerusalén y del templo en el año 70 A.D. y la posterior dispersión del pueblo de Israel por todo el mundo.

¿VALIÓ LA PENA?

El obispo Moore cuenta acerca de un muchachito que cierto día estaba nadando en un lago cuando de pronto le sobrevino una dificultad física y se vio imposibilitado de continuar. Empezó a luchar para salvar su vida. Se había hundido ya dos veces cuando sintió el brazo fuerte de un hombre que lo sacó a la superficie. Aquel hombre había observado los esfuerzos desesperados del niño y había nadado hasta él para rescatarlo. Poniéndolo a salvo en la orilla, y luego de asegurarse de que estaba bien, se volvió dispuesto a marcharse.

El joven le dijo: *Gracias por salvarme la vida, señor*, a lo cual el hombre replicó: *Está bien, hijo. Encárgate ahora de que haya valido la pena salvarte.*

Dice el obispo Moore que nunca olvidó aquellas palabras, puesto que él era aquel muchacho salvado por una persona que ni siquiera le dijo su nombre.

De este episodio de la vida real se puede aprender una lección. Cada uno de nosotros debería preguntarse: *¿Vivo mi vida de tal manera, que se podría decir con certeza que*

valió la pena el esfuerzo que mis padres hicieron en criarme, las largas jornadas de trabajo para alimentarme y lo que invirtieron para pagar mis estudios, las horas que mi madre se desveló al lado de mi cama cuando estuve enfermo, las lágrimas que derramó por mí? Y más importante aún, ¿he respondido con gratitud y una vida de servicio a los demás ante el máximo sacrificio de Jesús quien dio su vida en la cruz cargando con mis pecados?

Una fascinante obra para niños y adultos que reúne 33 conmovedoras anécdotas que abordan temas como *El perdón* y *La generosidad*, además de intrigantes lecturas bajo los títulos *Huellas del futuro* y *Encuentros inolvidables*. Hacen estallar el alma de emociones indescriptibles.

De la pluma de nuestros lectores:

Analuz Montoya - *Empresaria* - Colombia:

¡Una experiencia religiosa! Su lectura me impactó tanto que por varias horas me olvidé de todos mis problemas, algunos de ellos bastante graves, y cuando por fin pisé tierra otra vez, mi actitud hacia ellos había cambiado. En los siguientes días vi con asombro como algunos se resolvían con una facilidad nunca antes imaginada. Otros aún quedan por resolverse, pero ya no me tienen presa en el calabozo de la depresión, sino que los percibo como obstáculos desagradables, pero insignificantes en la distancia, más allá de mi bello jardín, donde crecen las flores de la gratitud, los frutos del amor y el árbol de la vida.

Verónica Soruco - *Secretaria* - Chile:

Por casualidad me llegó a Santiago de Chile un extracto del libro *RAYOS de SOL*, que me cambió la vida. Después pude adquirir toda la colección. Me dan fuerza para seguir adelante, llenan el alma de alegría.

Jorge Luna - *Empleado* - Perú:

Muchas gracias por enviarme este *RAYO de SOL* (se refiere al texto *¡Qué tal elección!*, extracto del libro *RAYOS de SOL - Tomo #2*), porque acaban de salvar mi vida. Ahora entiendo que todo en la vida es dicha. Y solamente viendo las cosas de otro lado —aunque no puedo negar que aún tengo miedo— sé que encontraré algo bueno en cualquier circunstancia. Gracias, muchas gracias.